



Joaquín Calvo-Sotelo

La ciudad sin Dios

Apuntes para una leyenda dramática, en un prólogo, cinco cuadros y un epílogo, con un solo intermedio

PERSONAJES

UNA VOZ.
NICOLAI NORDSON.
ARIADNA.
DAVID.
EL COMISARIO.
AGENTE 1.º.
AGENTE 2.º.
MATEO.
BÁRBARA.
EL VIEJO.
MUCHACHO 1.º.
SERGIO.
AGLAIA.
DANIEL.
BASILIO.
ELOY.
MARÍA.
ANTÓN.
HOMBRE 1.º.

MUJER 1.^a.
MUJER 2.^a.
JOVEN 1.^o.
JOVEN 2.^o.

Esta obra fue estrenada en el Teatro María Guerrero, de Madrid, la noche del 11 de enero de 1957.

La acción de la obra, salvo el prólogo, transcurre en Welskoye, imaginaria ciudad de un país imaginario. El prólogo en el camarín de un teatro en una pequeña ciudad provinciana de ese mismo país.

Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.

Prólogo

La escena representa el camarín de un primer actor en un teatro de una pequeña ciudad. Como en todos los camarines del mundo, en este hay una mesa con un enorme espejo rodeado de luces en el que se ven, alterando la curvatura del marco, fotografías dedicadas de diversas personas y otras del ocupante del camarín en alguna de sus caracterizaciones preferidas. Sobre la mesa, los útiles del actor en todas las latitudes, lápices, polveras, frascos de colonia, tubos de pintura... La mesa está situada en el centro mismo del escenario. A derecha e izquierda hay un pequeño diván y un par de sillas. Una percha con ropa de calle se ve al fondo. Cerca de ella, un rústico y grueso bastón de madera, sin cayado, como los que usan algunos caminantes. En la lateral izquierda hay una puerta que se supone da al pasillo. En la derecha, otra que comunica con un pequeño cuarto de aseo.

Al levantarse el telón, la escena está vacía. Pocos segundos después, alguien llama con los nudillos a la puerta de la izquierda.

UNA VOZ.- (Por la lateral izquierda.) Nicolai... (Nadie le responde.) ¡Nicolai Nordson...!

NICOLAI.- (La voz, desde el otro lado de la escena.) ¿Quién es?

UNA VOZ.- Soy Damián. Ya veo que no ha puesto ensayo, jefe.

NICOLAI.- No, ensayaremos el viernes.

UNA VOZ.- Muy bien, como guste. Usted manda. Buenas noches, jefe.

NICOLAI.- Buenas noches. (NICOLAI asoma ahora por la puerta de la derecha. Es un hombre corpulento que aún no cumplió los cuarenta años. Va vestido como un mendigo, como uno de esos caminantes que

nunca se sabe adónde van ni de dónde vienen, ni cuál es su misión en la vida y que se encuentran, de pronto, en los más inesperados parajes. Tiene el pelo hirsuto, unos bigotes espesos y una barba con unos apliques blancos que aumentan su edad. Sale terminando de secarse las manos en una toalla que deja, después, sobre la consola, y empieza a quitarse los apliques de la barba. Cuando ha terminado de hacerlo, se peina, abre la caja que hay sobre la mesa y saca de ella unas cuartillas y una estilográfica. Coge un periódico, lo dobla y apoya en él las cuartillas. Gira, entonces, para quedar de perfil con relación al público y empieza a escribir con lentitud, muy espaciadamente, deteniéndose a cada línea, buscando su inspiración mientras la punta del lápiz se le enreda entre las labios y la barba. Bebe, de vez en cuando, una taza de café. Unos golpes en la puerta de la izquierda le interrumpen.) ¿Quién es?

VOZ DE MUJER.- Soy Ariadna.

NICOLAI.- ¿Qué quieres, Ariadna?

VOZ DE MUJER.- Mañana, ¿podría venir un poco más tarde? Llega mi hermano y quisiera esperarle.

NICOLAI.- Todo sea por tu hermano. ¿Es realmente tu hermano, Ariadna?

VOZ DE MUJER.- Pues claro que sí, jefe. Ya no estoy para otra clase de viajeros.

NICOLAI.- Conforme: ven más tarde.

VOZ DE MUJER.- Muchas gracias, jefe.

NICOLAI.- De nada, Ariadna.

VOZ DE MUJER.- Hoy aplaudieron más que nunca su muerte, ¿se fijó?

NICOLAI.- Bah...

VOZ DE MUJER.- Conté las «glorias». Seis veces levantaron el telón.

NICOLAI.- Exageras para halagarme. Fueron solo cuatro.

VOZ DE MUJER.- Yo conté seis.

NICOLAI.- Agradezco tu error. Buenas noches.

VOZ DE MUJER.- Buenas noches, jefe.

(NICOLAI sigue su tarea. A los pocos segundos, DAVID entra por la izquierda. Tiene aproximadamente la edad de NICOLAI, al que se dirige siempre con gran deferencia y afecto.)

NICOLAI.- ¿Qué hay, David?

DAVID.- Nada. El tipo desapareció como por encanto.

NICOLAI.- (Sin darle importancia a la noticia.) Bueno, David, es igual.

DAVID.- Estaba en la tercera fila, en el seis. Debió de escaparse...

NICOLAI.- Escaparse... Pobre hombre...

DAVID.- Bueno, irse, es lo mismo. Y luego, yo, que me distraje unos segundos... El caso es que cuando llegué a la calle, como si se lo hubiese tragado la tierra.

NICOLAI.- Las cosas del teatro se han puesto de tal forma que ya

se hace sospechoso aquel que ve por tres veces la misma comedia. Asombra tanto, que el representante del primer actor se sitúa a la salida para vigilarle y saber quién es y con qué intenciones reincide. No, David, no, no me importa nada que le hayas perdido la pista. Será un aficionado, sencillamente, de los que aún quedan, y no un agente secreto, de los que, por otra parte, nada tengo que temer ni he temido en mi vida.

DAVID.- En fin, me he quedado sin saberlo.

NICOLAI.- Mañana repetimos Días amargos. Búscales en la sala. Si ha visto la obra tres veces, nada se opone a que la vea cuatro.

DAVID.- Pues claro que lo buscaré...

NICOLAI.- Y si le encuentras, a la salida, te acercas a él, le metes el puño a la altura de los ojos y le preguntas: «¿Por qué demonios viene usted a ver trabajar a Nicolai Nordson?»

DAVID.- No lo tome a broma. Yo soy receloso, sí, no lo niego, pero lo prefiero a ser confiado.

NICOLAI.- Bien. Y ahora, déjame unos minutos. Tengo que escribir unas cartas.

DAVID.- No quisiera molestarle, pero nos ofrecen una actuación de diez días en un teatrillo de Kursch. ¿Qué contesto?

NICOLAI.- ¿Qué más da? Según estés de vena.

DAVID.- No, no, a mí me da lo mismo. Es usted quien decide y no yo.

NICOLAI.- ¿Será nuestro destino ese andar rodando de una aldea a otra, lejos siempre de los grandes teatros?

DAVID.- Claro que no, jefe. Pero de este calvario es difícil librarse, salvo que la suerte le ayude a uno.

NICOLAI.- Te diré una cosa: estoy harto de ver en los escenarios de Mitelburg y ocupando los primeros puestos, a muchos que valen menos que yo. ¿Me ciega la pasión, tal vez el orgullo? No lo creo. Tú viste hacer este mimo papel de Días amargos a Teodoro Dimin, en el Teatro Municipal. ¿Estaba de verdad, mejor que yo? Respóndeme, David, sin mentirme, con la mano en el corazón.

DAVID.- La respuesta se la da el público. ¿Contó las glorias de hoy, al final del tercer acto? Siete, una tras otra, sin que un solo espectador se moviera de su asiento. No, jefe; esta es una de sus grandes creaciones y hoy, o mañana, o pasado, téngalo por seguro, se la aplaudirán en Mitelburg. Pero mientras nos llega la hora de actuar en la capital, ¿qué hacemos? ¿Aceptamos?

NICOLAI.- (Se encoge de hombros.) ¿Por qué no?

DAVID.- Telegrafiaré entonces. ¿Quiere que intente mejorar las condiciones?

NICOLAI.- ¡Precaución! Pudiera suceder que dieras al traste con el negocio. El nombre de Nicolai Nordson aún dice muy poco en los carteles.

DAVID.- Ya dirá.

(Llaman con los nudillos a la puerta.)

Ariadna otra vez, jefe.

VOZ DE MUJER.- Se me olvidó advertirle que hay alguien esperándole.

(DAVID hace mutis rápidamente.)

NICOLAI.- ¿Quién es?

VOZ DE MUJER.- No lo sé.

NICOLAI.- ¿Dónde está?

VOZ DE MUJER.- En la salita de la entrada.

NICOLAI.- Gracias, Ariadna. Ya va David a ver lo que quiere.

VOZ DE MUJER.- Buenas noches, jefe.

NICOLAI.- Buenas noches.

(Unos segundos de pausa. Entra de nuevo DAVID. Con cierta zozobra.)

DAVID.- Es él.

NICOLAI.- Ajá. Perfectamente. ¿Y qué desea?

DAVID.- Hablarle.

NICOLAI.- Entre unos y otros haréis que me quede sin escribir mis cartas. Dile que pase.

DAVID.- Déjeme que me quede a la entrevista.

NICOLAI.- ¿Y para qué?

DAVID.- No vivimos en una época normal. Quién sabe si no ha sido denunciado por alguien.

NICOLAI.- No creo que corra ningún peligro ni mi vida... ni mi libertad.

DAVID.- Déjeme, por lo menos, que ronde el cuarto.

NICOLAI.- Ah, eso es otra cosa... Rondalo, rondalo, mi fiel David.

(DAVID hace mutis de nuevo. NICOLAI recoge sus papeles, ordena un poco la consola, retira la toalla y la guarda en la habitación de la derecha. Tras una espera prudencial, DAVID entra precediendo al COMISARIO. El COMISARIO es un hombre autoritario y frío. No viste uniforme. Lleva media bota y una zamarra echada al desgaire sobre los hombros.)

DAVID.- Le estaba esperando y deseaba hablarle.

NICOLAI.- Muy bien.

COMISARIO.- Es verdad, deseo hablarle, pero a solas.

NICOLAI.- Retírate, David, si no te importa.

DAVID.- No, no... (Hace mutis un poco a regañadientes.)

(El COMISARIO mira ahora a NICOLAI con una actitud inquisitiva, analítica, un poco impertinente.)

COMISARIO.- Sus admiradores, ¿aún no le dejaron cambiarse de ropa?

NICOLAI.- ¿Mis admiradores...?

COMISARIO.- Sí. Ocho veces han levantado el telón en la función de hoy. Y con justicia... (En un tono de leve recitado.) «La vida es una antorcha que quema la mano del que la lleva. Ven, muerte...».

(Se detiene, olvidado de la continuación.)

NICOLAI.- (Le ayuda.) «Ven, muerte, apaga en mí la lumbre que devora mis huesos y en la que mi corazón arde como un leño de sangre. Ven muerte, y abrígame para siempre en tu sombría túnica...».

COMISARIO.- Soy un viejo aficionado al teatro. Colecciono muertes, Nicolai Nordson. Pocas he visto tan veraces y tan impresionantes como la suya.

NICOLAI.- ¡Bah...!, sirve de poco morir por los pueblos. Solo aprovecha la muerte en los escenarios de Mítelburg.

COMISARIO.- Colecciono borracheras, igualmente. Desde que tenía quince años he visto innumerables borrachos sobre las tablas, tantos, casi, como en la vida real. Su borrachera del segundo acto es un prodigio de sobriedad y de observación.

NICOLAI.- Ojalá sea así...

COMISARIO.- Por último, colecciono también transiciones. De la risa al llanto y del llanto a la risa. La de usted en la escena con Xenia es un acierto. Por todo ello, le felicito.

NICOLAI.- Se lo agradezco mucho.

COMISARIO.- Pero, claro está, yo no me he venido a interrumpir su descanso sólo para eso. No, no... Primeramente me presentaré. Me llamo Carol Spazkil, y vengo a ofrecerle un papel.

(NICOLAI acusa con un leve gesto de cortesía la presentación de su interlocutor.)

NICOLAI.- ¡Ah! ¿Es usted agente, director de escena...? ¿O es usted autor y pretende estrenar y busca alguien que...?

COMISARIO.- (Sale al paso de su ironía.) Ese tipo debe de darse con mucha frecuencia... ¿no es así?

NICOLAI.- (Un poco desconcertado.) Sí, con bastante frecuencia.

COMISARIO.- No es ese mi caso, amigo mío. Primero: el papel del que le hablo, no está escrito.

NICOLAI.- ¿Cómo?

COMISARIO.- No. Es un papel que, en cierto modo, ha de improvisar usted a medida que lo represente.

NICOLAI.- ¡Ah!

COMISARIO.- La obra, tampoco está escrita.

NICOLAI.- (Coge la taza de café que estaba tomando, y la estrella coléricamente contra el suelo.) ¿Se burla usted? Le advierto que no suele salir barato a quien lo intenta.

COMISARIO.- (Impávido.) No, nada más lejos de mis propósitos. Le hablo completamente en serio. Y se equivoca al suponer que me burlo, solo porque, a primera vista, no me entiende. No, no... Los papeles que usted ha hecho hasta hoy han sido así, como usted dice, papeles

de una comedia escrita ya. Este sería el papel de una comedia que se iría haciendo a medida que usted la representaba. Usted tendría que ajustarse a unas líneas generales y, sobre ellas, según las situaciones, improvisar. Los cómicos italianos del Renacimiento, si no me equivoco, trabajaban así.

NICOLAI.- Mire usted: el oficio de actor ha cambiado mucho desde entonces. Yo hablo, pero no por mí mismo, sino sobre el texto que otros escriben. Pienso que su proposición es un poco extraña y que seguramente no vale la pena de que gaste su tiempo en explicármela.

COMISARIO.- Déjeme invertirlo como me apetezca, Nordson, y permíteme si me tomo una parte del suyo. Es con buen fin... Para todo actor suele ser un sueño dorado un teatro en la capital:

Mitelburg atrae mucho, ¿no es así?

NICOLAI.- Sí, así es.

COMISARIO.- Pues bien: una vez cumplida su misión, usted podría tener un teatro en Mitelburg.

NICOLAI.- Sépase de una vez cuál es esa misión.

COMISARIO.- Me he permitido suponer que gustosamente colaboraría usted en una tarea que interesa... al Estado.

NICOLAI.- ¿Al Estado?

COMISARIO.- Completaré mi presentación. Soy Comisario del Gabinete de Propaganda.

NICOLAI.- Ajá. Bueno. ¿De qué se trata?

COMISARIO.- ¿Usted fue educado religiosamente?

NICOLAI.- No.

COMISARIO.- ¿Usted es creyente?

NICOLAI.- No.

COMISARIO.- Voy a explicarle algunas cosas. El 9 de junio se cumplirán los cincuenta años de nuestra revolución. De 1906 a hoy, ¡cuántas cosas han pasado, cuántas crisis y alternativas ha sufrido el régimen! ¿Se imagina usted? Pero ha habido algo que apenas si varió desde entonces. La religión fue un enemigo del Estado en 1906 y sigue siéndolo en 1956. Para combatirla hemos hecho uso de todos los medios a nuestro alcance. Destruimos las iglesias y sus imágenes, perseguimos los sacerdotes, sacamos de la Historia Sagrada y de los Evangelios divertidos cuentos de humor y nos reímos de las Vírgenes y de los santos como podíamos haberlo hecho de los ídolos de los salvajes. Las grandes crisis interiores, las guerras, nos obligaron a cierta flexibilidad, a ciertos cambios de rumbo -había que unir y no que dividir- pero no a ninguna rectificación esencial. Como resultado de aquella política consecuente, hoy son muchos los que suponen que puede encararse el porvenir con cierta euforia. Ayer, en el Gabinete de Propaganda, alguien gritó «Eureka». Según él, este país nuestro estaba ya prácticamente des cristianizado.

NICOLAI.- ¿Y eso es así...?

COMISARIO.- Algunas voces discreparon, aun lamentándolo mucho, de ese «Eureka» triunfal. Y entre ellas, la mía.

NICOLAI.- ¡Ah!

COMISARIO.- Yo sostuve la tesis de que, en efecto, se había dado un paso de gigante en la labor emprendida, pero que era pronto aún

para cantar victoria. A mí mismo me preguntaba si la idea religiosa sigue teniendo en el alma popular las mismas posibilidades de germinación, el mismo poder de encantamiento que tuvo hace siglos o si, por fortuna, se ha hecho ya refractaria a sus pueriles seducciones y se ríe de las creencias de nuestros abuelos. Me lo pregunté a mí mismo... y se lo pregunté a ellos.

NICOLAI.- ¿Qué contestaron?

COMISARIO.- Me hicieron ver unas estadísticas un poco convencionales. (Nosotros amamos mucho las estadísticas...).

Creyentes en 1906, en 1926, en 1956... No, no. Pero la discusión no iba por esos cauces. «Yo sé que el número de creyentes es pequeño -les dije-, pero eso no demuestra que el morbo religioso se haya raído del alma del pueblo. Si a nuestros campesinos, si a nuestros obreros les encarásemos de pronto con algo desusado, que les sorprendiese, que no se explicasen al principio, que les suscitase la idea de un Dios posible, fuese cual fuese su nombre, ¿cómo reaccionarían?».

NICOLAI.- Entiendo poco de lo que me dice, Comisario.

COMISARIO.- Por ejemplo, si un día aparecieran dibujadas en el aire las viejas palabras de los libros sagrados. «Mane, Tecel, Fares» -el primer anuncio luminoso de la historia- ¿qué interpretación darían a ese extraño hecho? ¿Qué buscarían detrás de sus destellos? ¿La cámara cinematográfica -interpretación racionalista- o la mano de Dios -interpretación sobrenatural?

NICOLAI.- Ya...

COMISARIO.- Si un hombre que se llamase a sí mismo enviado de Dios, que se presentase como un profeta, se lanzase a predicar tres o cuatro ideas elementales, ¿qué sucedería? ¿Le tomarían por loco? ¿Se mofarían de él o le seguirían?

NICOLAI.- ¿Y no hay perturbados de esos por los caminos?

COMISARIO.- Quizás se encuentren, pero es que este no sería un perturbado. Este sabría bien su papel. Y a tal punto que, si fuese preciso, haría milagros.

NICOLAI.- ¿Milagros?

COMISARIO.- Claro que sí, amigo mío. Falsos milagros, naturalmente. ¿O es que cree usted que para la técnica moderna es difícil convertir el agua en vino o andar sobre las aguas del Tiberiades?

NICOLAI.- Ya...

COMISARIO.- Entonces, yo, pronuncié un nombre: Welskoye.

NICOLAI.- ¿Qué quiere, decir?

COMISARIO.- Welskoye se llama una ciudad situada a muchos cientos de kilómetros de aquí, que seguramente habrá oído nombrar alguna

vez.

NICOLAI.- Sí...

COMISARIO.- Esas rectificaciones de que le hablaba, no la afectaron. Esterilizada como un tubo de ensayo, Welskoye ha sido mantenida aparte, especialmente de toda contaminación religiosa. Pensando en Welskoye, sugerí una experiencia.

NICOLAI.- ¿Cuál?

COMISARIO.- En lo único que creo de verdad es en el hombre. El hombre y la palabra viva. Más revoluciones desata un discurso de una hora que un tratado de quinientas páginas, y, al fin y al cabo, las obras completas de los grandes revolucionarios de la historia, desde Jesucristo a Lenin, ocupan poco espacio. Mejor que a la seducción de la propaganda escrita, habría que someter a Welskoye a otra clase de seducciones más directas para saber a qué atenerse.

NICOLAI.- ¿A qué seducciones se refiere usted?

COMISARIO.- Habría que permitir a alguien con autoridad, con elocuencia, que predicase de nuevo por sus calles y plazas, en nombre de Dios. Y ver entonces lo que sucedía: si le tiraban piedras, o flores, o si se encogían de hombros a su paso.

NICOLAI.- Ya...

COMISARIO.- Iba yo pensando quién podría ser la persona a la que confiar una tarea tan delicada como esa, cuando se me ocurrió ver Días amargos. Y entonces, súbitamente, apenas usted apareció en las tablas... ¿comprende usted?

NICOLAI.- Sí...

COMISARIO.- Dígame, pues, Nicolai Nordson, ¿le interesaría ser el enviado de Dios? ¿Querría hacer el papel de profeta?

NICOLAI.- ¿Yo?

COMISARIO.- Ah, estaría estupendo, créamelo. Tiene la actitud, el gesto, la voz... La misma ropa que lleva le serviría...

NICOLAI.- ¿La misma ropa?

COMISARIO.- Sí, claro, ¿por qué no?

NICOLAI.- No sé... Se me ocurre que un profeta... hoy...

COMISARIO.- No junte usted esas dos palabras que casan con mucha dificultad. Hoy los profetas no existen. Por tanto, ¿quién sabe cómo deben vestir? Preferible es seguir la fórmula clásica. Por otra parte, un profeta es algo tan definido como pueda serlo un eucalipto, un dragón, un águila, y los siglos resbalan sobre sus vestiduras.

NICOLAI.- ¿Y no sería preferible... no sé... servirse de otras menos estrepitosas que las que llevo encima?

COMISARIO.- Calle, calle. El misterio y la sorpresa son dos buenos modistos. Así, tal como está, lleva ya ganadas algunas bazas. Con su báculo, con su morral al hombro, (Lo señala, está en un rincón de la escena.) con sus barbas... porque son suyas, ¿no?

NICOLAI.- Sí... Me las dejé para hacer Días amargos. Solo los apliques blancos son artificiales.

COMISARIO.- ¿No es maravilloso? Si se me permite usar una palabra vedada, ¿no es Providencial? Barbas naturales, Nicolai Nordson. Las barbas, exigidas a todo predicador religioso desde que el mundo es mundo. (Se ríe.) ¡Ah, Nicolai, como anillo al dedo vendría para mi experiencia...!

NICOLAI.- ¿Su experiencia?

COMISARIO.- Sí, porque todo quedaría reducido a eso, a una experiencia simplemente, practicada en un pueblo lejano y, al fin de la cual, los miembros del Gabinete de Propaganda tendrían unos cuantos hechos vivos de los que deducir sabias conclusiones y sobre

las que tomar acuerdos muy sabrosos.

NICOLAI.- ¿Y si triunfase?

COMISARIO.- Decir a sus seguidores: el tal Profeta era un farsante, sus sermones, discos preparados; sus penitencias, mentiras... ¿No anularía su siembra, no impediría, para siempre otras nuevas?

NICOLAI.- Sí... claro.

COMISARIO.- Estoy en condiciones de ofrecer a quien colabore conmigo cuanto me pida. Dinero, naturalmente... Porque hacer de profeta cuesta dinero, ya lo sé... Y después, al final de todo, la posibilidad de que una noche, las luces de un teatro de Mitelburg iluminen en la fachada el nombre de Nicolai Nordson. ¿Qué? ¿Le interesa la proposición?

NICOLAI.- ¿Y por qué han pensado en mí, y no en otros actores de los subvencionados, de los oficiales?

COMISARIO.- La respuesta es, quizás, un poco deprimente, pero voy a dársela. Porque esos actores son conocidos y usted no. Sus retratos los publican los periódicos, y sus rostros los ha difundido el cine. El suyo, no. ¡Ah, nada de complejos de inferioridad! Dentro de poco, el suyo será tan conocido como el que más lo sea. Y de plataforma de lanzamiento le servirá, justamente, este papel que vengo a encargarle: el papel de profeta. Del Profeta Nicolai. ¿Le gusta el nombre?

NICOLAI.- Bien. ¿Cuándo hay que empezar?

COMISARIO.- Cuando quiera. Dentro de unas semanas... Ahora llega el buen tiempo. Profeta de verano, mejor que de invierno, ¿qué? ¿De acuerdo?

NICOLAI.- De acuerdo.

COMISARIO.- Naturalmente, cuanto hemos hablado, queda entre nosotros.

NICOLAI.- Sí, claro... Pero yo necesito dar una explicación a los compañeros, indemnizarles...

COMISARIO.- (Se echa mano a la cartera. Saca de ella un fajo de billetes. Los deja sobre la mesa.) ¿Suficiente?

NICOLAI.- (Un poco asombrado.) ¡Oh! Sí, sí...

COMISARIO.- Dirá que va a ser contratado para tomar parte en una película y que debe empezar... dentro de una semana. Yo me encargaré de que la Prensa publique la noticia.

NICOLAI.- Falsa noticia...

COMISARIO.- Pues a pesar de eso.

(Transición.)

NICOLAI.- Un momento, Comisario. Mi representante, que es una especie de hermano mío, que lleva a mi lado muchos años, perro fiel siempre, ¿no puede venir conmigo? Entraría en el juego con facilidad. Y ese juego no podemos hacerlo solos usted y yo...

COMISARIO.- Es a usted a quien necesito y a quien contrato. Nadie más ha de participar en nuestro secreto.

NICOLAI.- Sea.

COMISARIO.- Así, pues, el lunes próximo... ¿Le parece bien?
Saldremos para Welskoye.

NICOLAI.- Perfecto.

COMISARIO.- ¿Ve usted como fue un error que no terminase de tomar
pacíficamente su taza de café?

NICOLAI.- Hablaba con tanta vaguedad que tardé en entenderle.

COMISARIO.- Una vez aclarado todo, ¿amigos, Nordson?

NICOLAI.- Amigos, Comisario.

COMISARIO.- (Va a hacer mutis, pero se detiene.) Ah, perdone...

Le dije a usted que colecciono muertes... teatrales, naturalmente,
no soy nada sanguinario... Ese estertor con el que usted agoniza en
Días amargos y del que se le escapan esas últimas palabras: «Ven,
muerte, y abrígame para siempre en tu sombría túnica...». ¿Cómo
puede fingirlo, cómo lo hace en realidad?

NICOLAI.- Asista a la representación de mañana. Se lo dedicaré.

COMISARIO.- (Algo embarazado.) Discúlpeme si mi curiosidad le ha
parecido un poco impertinente. Cárguelo en la cuenta de mi afición.

NICOLAI.- Es que así, en frío... sin estar frente al público... no
sería capaz de...

COMISARIO.- Lo comprendo, lo comprendo. Buenas noches. (Mutis por
la izquierda.)

NICOLAI.- (En un grito tremendo.) ¡Ayyyyy...! (Se desploma en
el suelo.)

(El COMISARIO entra de nuevo, sobresaltado.)

COMISARIO.- ¿Qué le pasa a usted? ¿Se ha puesto enfermo?

NICOLAI.- (Remeda su muerte en Días amargos.) Ven muerte, y
abrígame para siempre en tu sombría túnica...

COMISARIO.- (Cuando ya NICOLAI ha expirado. Casi sin modular las
palabras.) Maravilloso, maravilloso...

DAVID.- (Entra precipitadamente.) ¿Qué le sucede, Nicolai? ¿Se
encuentra mal?

(NICOLAI se sienta en el suelo y rompe a reír, al principio poco a
poco para acabar haciéndolo a grandes carcajadas, en las que el
COMISARIO le secunda, rayanas al histerismo. DAVID, como es lógico,
no entiende nada.)

COMISARIO.- (Sin dejar de reírse.) ¡Maravilloso, Nicolai
Nordson, maravilloso...! Muchas gracias por todo... y buenas noches.

(Y hace mutis, riéndose todavía.)

NICOLAI.- (Desde el suelo. Sin intentar siquiera levantarse.)

Buenas noches, amigo, buenas noches.

(DAVID le mira estupefacto y cae el...)

TELÓN

Parte I

Cuadro I

Al levantarse el telón, se ven unas cortinas de gasa gris, practicables en el centro por todo decorado. El COMISARIO se abre paso entre ellas y mira lentamente y en silencio la escena vacía, a derecha e izquierda. Entonces habla con NICOLAI, disimuladamente, como si no quisiera ser oído. NICOLAI no se deja ver aún. Las cortinas producirán el efecto simulado de una puerta cualquiera.

COMISARIO.- Esta es la cantina. Hay unos tipos comiendo y bebiendo, y otros jugando.

NICOLAI.- ¿Qué le parece, Comisario?

COMISARIO.- Hábleles. ¿Recuerda bien lo que tiene que decir?

NICOLAI.- ¡Oh, sí, no se preocupe de eso!

COMISARIO.- Buena suerte, Nicolai.

(El COMISARIO avanza en escena. Se pasea por ella de un lado a otro y va a situarse en el extremo derecha. NICOLAI entra resueltamente, avanza unos pasos y simula hablar a los clientes de la cantina. El COMISARIO diríase que estudia las reacciones que, en aquel fantasmal auditorio, producen las palabras de NICOLAI. El mismo juego se repetirá en seguida.)

NICOLAI.- Hermanos: que Dios bendiga vuestros alimentos y los haga eficaces para la salud de vuestros cuerpos. Porque hay un Dios al que ninguno de nosotros es ajeno y ante el que un día u otros

tendremos que responder de nuestros actos. Pero eso no debe abrumarnos, sino llenarnos de alegría, porque demuestra que, cuando la vida física acaba, hay otra en la que nuestro espíritu se prolonga y continúa para siempre. Yo os invito a que meditéis sobre estas verdades tan sencillas, hermanos, y a que ajustéis a ellas vuestra conducta. Si así lo hacéis, seréis dichosos, aquí, mientras viváis, y al otro lado de la vida cuando esta acabe. La paz, hermanos míos, la paz.

(Y seguido pocos segundos más tarde por el COMISARIO, hace mutis por el medio de las cortinas. La luz viene a buscarle inmediatamente, en el extremo izquierda del escenario.)

NICOLAI.- ¿Qué gente es esa, Comisario?

COMISARIO.- Esperan, creo yo, que empiece el cine. Sí, ¿no oye el timbre? Hay un cine ahí enfrente.

NICOLAI.- Voy a hablarles, Comisario.

COMISARIO.- Considero que este es un momento sumamente propicio. Todos tienen el ánimo preparado para presenciar un espectáculo que hable a su imaginación. Usted es un espectáculo también. Por su aspecto, por sus barbas. Hábleles, sí, le harán caso. Las luces del cine no se han encendido todavía. Lo único imprescindible es que usted termine antes de que se enciendan. La imagen, ya lo sabe usted, es la gran enemiga de la palabra. Si no acabase a tiempo quedaría sin auditorio, Nicolai... Y eso no debe pasarle nunca a un actor como usted. Adelante, amigo mío.

(Se sitúa en el centro del escenario, de cara al público. NICOLAI habla desde la lateral izquierda.)

NICOLAI.- Hermanos: os traigo una buena nueva, Dios existe. Esta verdad sencilla, ha sido olvidada por las promociones a las que pertenecemos. Era, sin embargo, una verdad en la que creyeron nuestros padres y nuestros abuelos. Y no de las que destine el tiempo, sino al contrario, de las que se afirman con su transcurso. Cultivad en vosotros mismos la idea de Dios. Llevadla a vuestros estudios, a vuestros juegos, a la vida cotidiana. Dios no es un ídolo, cuyo culto se extingue. Dios es un ser bueno y poderoso, al que debemos rendirle pleitesía. Y la manera de demostrársela, ¿sabéis cuál es? Servir a nuestros semejantes, odiar el odio, únicamente, y no otra cosa. Y limpiar nuestra conducta de vicios y pasiones para cuando nos llegue la hora de comparecer ante Él. Si así lo hacéis, vuestro espíritu se llenará de alegría y al otro lado de la muerte, hallará su recompensa definitiva. La paz, hermanos míos, la paz.

(Mutis por el lateral de su entrada, seguido del COMISARIO. La luz

va a buscarlo ahora al extremo derecho del escenario.)

COMISARIO.- ¡Oh, yo no hablaría aquí!

NICOLAI.- ¿Y por qué no?

COMISARIO.- Fíjese qué guirigay. No vale la pena de que malgaste sus fuerzas.

NICOLAI.- No importa.

COMISARIO.- El que se alimenta puede quedarse un momento con el bocado en el aire, para ver lo que dicen, aun es posible que el que se divierte suspenda un segundo su diversión, pero los que compran y los que venden esos son completamente ajenos a todo lo que no sea su negocio, y ni le mirarán siquiera.

NICOLAI.- ¿Quién lo sabe?

COMISARIO.- Haga la prueba, si le apetece.

(El COMISARIO se sitúa otra vez en el centro de la escena, cara a los espectadores. NICOLAI habla desde la lateral derecha. Ahora con un poco más de fuerza que antes.)

NICOLAI.- ¡Hermanos en Dios! La codicia oxida el alma. Ningún sentimiento existe en la vida que más la entristezca y amargue. Sed generosos, no solo de vuestro dinero, sino de vuestras palabras y de vuestros sentimientos, y veréis cómo el espíritu se eleva sobre las miserias de cada día y os hace superarlas. El más pobre, es el más rico y el más rico, es el más pobre, el más atado. Yo vengo a predicaros en nombre de Dios el desprendimiento de los bienes terrenos y la noble ambición de los del espíritu, porque solo a través de ellos veréis a Dios en toda su grandeza. Dios existe, aunque se haya intentado suprimirle y a Él vamos irremisiblemente. Que cuando lleguemos a su encuentro, lo hagamos libres de deseos mezquinos. Atended mis palabras: no las desoigáis. Y la paz, hermanos, la paz.

(Vuelve a hacerse el oscuro y en seguida la luz. La luz ilumina la figura de los dos agentes paseándose en direcciones opuestas en el segundo término del escenario. Visten un uniforme convencional y llevan una pistola al cinto. Entre los dos, aparece por el foro NICOLAI.)

AGENTE 1.º.- ¿Es usted el que se hace llamar el Profeta Nicolai?

NICOLAI.- Sí, yo soy el Profeta Nicolai.

AGENTE 1.º.- Queda detenido.

NICOLAI.- ¿Por qué?

AGENTE 1.º.- No tengo por qué darle explicaciones. Ya se las darán donde corresponda.

NICOLAI.- ¿Quién ha ordenado que se me detenga?

AGENTE 1.º.- ¿Qué le importa? Ya lo sabrá en su momento. Y ahora, basta de conversación.

NICOLAI.- Está bien. Les obedezco.

OSCURO

Cuadro II

Al hacerse la luz nos encontramos en las ruinas del Monasterio de Welskoye. El Monasterio de Welskoye ardió en los últimos años del siglo pasado -un sacrílego incendio- pero la hiedra, misericordiosamente, borró las señales de las llamas. Quedaron algunos muros en pie y muchas piedras informes, algunas de las cuales podrán ser utilizadas por los actores para sentarse o apoyarse. Estamos en lo que, un lejano día fue claustro, un claustro con influencias bizantinas en cuyo centro crecieron con frondosidad algunas plantas silvestres. A la luz de la luna ese claustro debe brillar misteriosamente. La luz del sol, que al comenzar el cuadro lo baña por entero, subraya su noble y melancólica belleza.

Al levantarse el telón está en primer término, MATEO. BÁRBARA aparecerá en seguida. Visten los dos -son marido y mujer- pobremente, pero con cierto decoro.

MATEO.- (A su mujer.) Ven, Bárbara.

BÁRBARA.- (Por la izquierda.) Aquí es, ¿no?

MATEO.- Supongo que sí. Este es, por lo menos, el claustro del monasterio. Y aquí nos dijeron que vivía el Profeta.

BÁRBARA.- Me cuesta trabajo creerlo. ¿Al aire libre? ¿Como un animal del bosque?

MATEO.- No, mujer... Detrás de esas piedras, (Se refiere al foro.) hay dos o tres celdas que aún se tienen de pie. En ellas debe de estar. (Mira en torno suyo.) ¡Qué pena da esto!... Lo que es el fuego.

BÁRBARA.- Y la mala intención, Mateo.

MATEO.- Y el tiempo... Mira que Welskoye está cerca... Pues yo, la verdad, no había subido nunca hasta aquí. (Transición.) ¿Y Aglaia?

BÁRBARA.- Atrás viene, la pobre...

MATEO.- (La llama por la izquierda.) ¡Aglaia...!

BÁRBARA.- Déjala, se ha sentado, para tomar fuerzas, en la plazoleta de la entrada...

MATEO.- Bueno, ¿y qué hago?... Ahora que lo tengo al alcance de la mano, no me atrevo, Bárbara.

BÁRBARA.- No seas tan tímido... Ya que nos hemos resuelto a buscarle, seríamos bobos si nos volviéramos a Welskoye sin haberle hablado.

MATEO.- Hazlo tú. A mí me da reparo.

BÁRBARA.- ¿Por qué? ¿Si es la bondad misma! Háblale... No perdamos la ocasión, no sea que...

MATEO.- ¿Qué?

BÁRBARA.- Que le metan en la cárcel otra vez.

MATEO.- ¿Tú crees?

BÁRBARA.- ¿Qué razón hubo para que lo metiesen la primera? Pues igual podrían encerrarlo de nuevo. O desterrarle, que sería peor... o pegarle cuatro tiros.

MATEO.- ¡Calla, mujer! ¿Me decido?

BÁRBARA.- Piensa en nuestra hijita y te sentirás con fuerzas.

MATEO.- Sí, pobre Aglaia... Todo sea por ella.

(Se acerca al foro. En ese mismo momento, DAVID llega por el extremo izquierdo. MATEO se queda en suspenso, acobardado, sin saber si decidirse o desistir de su intento. DAVID mira en derredor suyo.)

BÁRBARA.- ¿Busca a alguien, señor?

DAVID.- Sí.

MATEO.- ¿Tal vez al Profeta?

DAVID.- Sí. Justo.

MATEO.- También lo buscamos nosotros, señor.

DAVID.- Me han dicho que daría con él en estas ruinas.

MATEO.- Sí, aquí está. Detrás de esos muros debe de vivir... Pero no nos atrevemos a llamarle.

DAVID.- ¿Qué quieren de él?

MATEO.- Hablarle. Esta es Bárbara, mi mujer. Yo soy Mateo. Vivimos en Welskoye. Tenemos una hija que se llama Aglaia y...

BÁRBARA.- Voy a decirle que venga.

DAVID.- ¿Para qué? No lo hagan. No podrán verle.

MATEO.- ¿Por qué?

DAVID.- Porque... el Profeta... (No encuentra una explicación razonable para justificar su negativa.)

BÁRBARA.- ¿Usted estaba con él cuando le metieron en la cárcel?

DAVID.- No, entonces no... ¿Cómo fue?

BÁRBARA.- Unos de la Policía, cuando iba a hablar a unos trabajadores, lo cogieron.

DAVID.- ¿Y qué hizo él?

BÁRBARA.- Nada... ¿Qué podía hacer?

DAVID.- ¿Y ha estado preso mucho tiempo?

MATEO.- Cuatro semanas, señor. Hace solo quince días que lo soltaron.

DAVID.- Y una vez ya en la calle, ¿qué ha hecho?
MATEO.- Igual que antes. Hablar, hablar. Es maravilloso...
BÁRBARA.- Puesto que usted le conoce, según parece, ¿por qué no nos ayuda a que le veamos?
DAVID.- No, déjenle ahora. Tengo algo urgente que decirle.
BÁRBARA.- Sería cosa de poco.
MATEO.- No insistas, Bárbara. (A DAVID, a la espera de su comprensión.) Las mujeres son tercas, ¿sabe usted?

(Por la izquierda, en segunda término, aparece el VIEJO. Diríase que lo es, en efecto, por antonomasia. Se apoya en un bastón. Se sienta sobre una piedra.)

BÁRBARA.- Óigame: ¿y si volviésemos mañana?
DAVID.- Ah... bien, sí. Vuelvan mañana.
BÁRBARA.- Ya lo oyes, Mateo. Mañana, dice... ¿Se imagina que a mí me importa volver otra vez o diez o cien? ¡Qué va! Solamente, si insistíamos, era por nuestra hija.
DAVID.- ¿Qué le pasa a su hija?
BÁRBARA.- (Mientras hace mutis, seguida de MATEO, por la izquierda.) Que está enferma, señor, que está enferma...

(DAVID ve ahora al VIEJO y se dirige a él.)

DAVID.- ¿Qué desea, buen hombre?
VIEJO.- Nada. Hace muchos años que no deseo nada.
DAVID.- ¿A quién espera?
VIEJO.- A nadie. Hace muchos años que no espero a nadie.
DAVID.- Puede marcharse, entonces, y seguir su camino.
VIEJO.- Estas piedras son de todos. Nadie puede impedirme que descanse aquí.
DAVID.- Eran de todos. Ya no. Hay quien vive en ellas.
VIEJO.- Ya sé quién es: el Profeta Nicolai.
DAVID.- Sí, eso mismo.
VIEJO.- Quiero hablarle.
DAVID.- Márchese. No lo conseguirá.
VIEJO.- ¿Y por qué no?
DAVID.- Vuelva después. Yo le ayudaré entonces a que le vea.
VIEJO.- ¿No me engaña?
DAVID.- No le engaño.
VIEJO.- Si es así...
DAVID.- Váyase, buen hombre, váyase. Ya hablaré a Nicolai... al Profeta Nicolai.

(El VIEJO se ha dejado persuadir y no sin cierta desconfianza, hace mutis por la izquierda. Por la derecha, un coro juvenil canta con aire burlesco.)

UNA SOLA VOZ.-
El Profeta Nicolai,
es un profeta sin par.
Sabe hablarnos, convencernos,
conmovernos y ayunar.

TODOS.-
Conmovernos y ayunar.

UNA SOLA VOZ.-
Gracias a que Dios le escucha,
nada nos podrá ocurrir.
Ya nos ha quitado el miedo,
de enfermar o de morir.

TODOS.-
De enfermar o de morir.

(Una gran carcajada corea el verso final. El coro se disuelve en un rumor de risas y conversaciones. DAVID avanza un instante como si fuese a salir a su encuentro. En este mismo momento, NICOLAI sale por el foro. Va caracterizado como en el cuadro anterior.)

NICOLAI.- (Asombrado.) ¡David!

DAVID.- Nicolai Nordson...

NICOLAI.- ¿Por qué has venido?

DAVID.- Tuve miedo de usted. Desde que oí al Comisario la noche en que vino a verme, quedé intranquilo. Después, su falta de noticias, me alarmó. Me sentía casi rico, Nicolai, y como en vacaciones. Y decidí llegar a Welskoye. Y aquí me tiene.

NICOLAI.- David, mi fiel David... ¿Cómo has podido dar conmigo?

DAVID.- ¿Le extraña? Lo difícil es, si quiere, dar con Welskoye. Ya en Welskoye, el resto es más fácil. Dígame, ¿es cierto lo que he oído? ¿Ha estado en la cárcel?

NICOLAI.- Sí.

DAVID.- ¿Y por qué?

NICOLAI.- Lo ignoro.

DAVID.- ¿Nadie le explicó el motivo, ni le tomó declaración, ni le acusó de nada?

NICOLAI.- Nadie.

DAVID.- Y el Comisario, ¿le abandonó a su suerte?

NICOLAI.- Nada sé de él.

DAVID.- ¿Desde cuándo?

NICOLAI.- Desde los primeros días, no he vuelto a verle.

DAVID.- Nicolai, yo he venido solamente para una cosa, para que se marche de Welskoye. Vuelva a ser el actor Nicolai Nordson. Deje de ser para siempre el Profeta Nicolai.

NICOLAI.- No. Nunca viví un personaje como este, con tanta entrega, con tanta pasión, tan sin descanso.

DAVID.- Es posible.

NICOLAI.- Si fuésemos artistas de verdad, ese sería nuestro sueño. Lo cierto es que no lo somos. Soñamos con la hora de quitarnos los afeites, las pelucas, con recobrar nuestra voz natural; debería ser al contrario.

DAVID.- Jefe, eso es imposible. La vida es una cosa, la escena es otra.

NICOLAI.- Pero cuando se nos presenta, como a mí ahora, la posibilidad casi mágica de vivir las dos simultáneamente, hay que aprovecharla. Una ocasión así no vuelve nunca.

DAVID.- Nicolai...

NICOLAI.- Este es mi gran momento, créeme. Después de buscar tanto tiempo, en los manuscritos de los aprendices, en las obras de los consagrados, el personaje que me gustaría encarnar, he venido a descubrir este que represento. Y te aseguro que no hay quien haya escrito nunca otro que le iguale.

DAVID.- Pero, Nicolai...

NICOLAI.- Hay que tener el valor de ser sinceros. Lo que de verdad amamos los actores es el aria coreada, y aun mejor, el monólogo. Hablar, imprecisar, sollozar... y que los demás callen y nos escuchen: ¡qué delicia!... Ser el Profeta Nicolai es eso, David. Entro, de pronto, en los lugares más inesperados. La gente me mira con asombro. Están jugando, trabajando o tomando el sol del verano. Y hablo yo: yo soy el protagonista absoluto, ¿me entiendes? Y los demás son comparsas.

DAVID.- No desdeñe a los comparsas, jefe. También ellos tienen su parte en esta historia. En todo caso, ese papel que tanto le enamora, a mí me gusta menos.

NICOLAI.- ¿Por qué?

DAVID.- No veo claramente adónde nos lleva, ni lo que puede traer consigo. La cárcel, jefe... Pero, ¿se da cuenta de lo que significa el que haya estado en la cárcel? ¿No comprende que puede repetirse, que si nadie le defendió la primera vez, tampoco le defenderán la segunda? Admito que sea maravilloso vivir la vida del Profeta Nicolai; pero, ¿qué otros personajes de los que ha interpretado como actor le han costado tan caro?

NICOLAI.- Me hablas de la cárcel... Y la verdad es que la olvidé por completo. Me parece como si viviera una convalecencia en la que se hubiese esfumado el recuerdo de la enfermedad. Por otra parte, algún día sabrás que yo debo a la cárcel muchas cosas.

DAVID.- No sé si un teatro en Mitelburg vale la pena de pasar por ella.

NICOLAI.- ¿Un teatro en Mitelburg?

DAVID.- Vuelva a su punto de partida, reúna de nuevo sus actores. Están deseando trabajar a su lado. Le repito, tengo miedo... Me parece que estamos provocando fuerzas desconocidas, y no sé cómo saldremos de todo esto.

NICOLAI.- No te preocupes.

DAVID.- Usted se ha movido siempre entre sus compañeros de profesión, entre los críticos que le estimaban o le menospreciaban, entre el público que le aplaudía o le volvía la espalda; pero cada cosa, las favorables y las desfavorables, tenían su nombre y su medida. Y ahora no... Yo no sé en qué puede parar esta aventura.

NICOLAI.- Claro que las cosas son muy distintas... ¿Y cómo no han de serlo? Al fin y al cabo, cuando yo representaba Días amargos o El Rey Lear, o Juan Gabriel Borkman, no hacía más que dar forma física a unos seres que vivían tres horas en un escenario, simplemente, y lo que hago ahora es meterme dentro del alma de los espectadores y plantearles problemas, preguntas graves, remover sus conciencias... y eso es distinto.

DAVID.- Y no es lo nuestro.

NICOLAI.- Es mucho mejor. Empiezo a creer que en la vida vale más hablar con las palabras torpes y primerizas de un jefecillo de pueblo, sobre un tema cualquiera de política rural, que sobre el amor y la muerte, con palabras prestadas, aunque sean de

Shakespeare.

DAVID.- Pero esa es su profesión, y para lo que sirve... Y no puede cambiarla.

NICOLAI.- Ese es tu error, David. Pienso que es eso, justamente, lo que estoy haciendo: cambiar una por otra. Y se me ocurre que estoy entrando en una fase tal, que ya no sé qué parte de mi piel es la piel del actor y qué parte es de verdad la piel del profeta.

DAVID.- A algún actor le ha hecho enloquecer su personaje, y yo no quiero que sea esa su suerte.

NICOLAI.- Enloquecerme... ¡Ah, eso no, naturalmente!... Pero transfigurarme, ¿por qué no he de transfigurarme?

(Se queda abstraído mirando al espacio. A sus espaldas, ha entrado el COMISARIO, que lo contempla en silencio. Es DAVID quien advierte su presencia.)

DAVID.- (Con gran extrañeza. Apenas sin vocalizar.) El Comisario...

COMISARIO.- Nicolai Nordson, buenos días.

NICOLAI.- Buenos días, Comisario.

COMISARIO.- (A DAVID.) Yo le he visto antes... no sé bien dónde... ¡Ah, sí!, en su camarín. ¿Le mandaron llamar?

DAVID.- No, vine yo, espontáneamente, Comisario. Mi nombre es David Chernay.

COMISARIO.- (A NICOLAI.) Recuerdo que me hizo un gran elogio de su fidelidad. Ahora comprendo bien con qué justicia. Encantado de conocerle. ¿Y cómo van las cosas, Nicolai? ¿Es usted rencoroso?

NICOLAI.- ¿Por qué me lo pregunta?

COMISARIO.- (En tono amistoso y de sinceridad.) Le debo una explicación, amigo mío. Y quiero dársela sin reservas. Si pensó alguna vez, cuando estaba en la cárcel, que yo era el culpable de su detención, acertó usted.

DAVID.- ¿Fue usted, en efecto?

COMISARIO.- Cállese, David... No sea que lo tome más a pecho que el propio Nicolai. Fui yo, sí. De sobra sé que la cárcel es mala cosa para todo el mundo, pero peor que para nadie, para el actor. El actor necesita vivir siempre en olor de multitud. Dialogar es su oficio y el público una parte esencial de su profesión. Arrebatarse de su medio y encerrarle en una celda es algo contra natura. Cuando ordené que le detuvieran, yo sé que hacía un flaco servicio a Nicolai Nordson, pero que en cambio abría un porvenir ilimitado al Profeta Nicolai.

NICOLAI.- ¿Cómo es eso?

(El PROFETA se ha medio sentado en cualquiera de las piedras del claustro.)

COMISARIO.- En un primer momento creí que iba usted a fracasar. No quise llegar a esa conclusión sin agotar antes mis exploraciones. Y le mandé detener para proyectar la atención de Welskoye sobre usted. Cuando se le puso en libertad todo había cambiado, ¿no es cierto? Hubo quien huyó, temeroso, pero su presencia no cayó para nadie en el vacío. El Profeta Nicolai quedó convertido en un personaje. Antes, dicho sea de paso, había sido denunciado como agitador.

DAVID.- ¿Como agitador?

COMISARIO.- Sí, y no sin motivo. Es natural suponer, por instinto, que un profeta va en contra del Estado. Los profetas anuncian el porvenir. El Estado dice siempre que es excelente. Los profetas suelen discrepar y eso es molesto para el Estado. Un mes de cárcel... No es agradable, ¡qué caramba!... Pero la apoteosis de su libertad le ha indemnizado, estoy seguro. Sé muy bien dónde habló y ante quiénes... Por cierto, ¿qué pasó en los Jardines de Molva?

NICOLAI.- Nada importante... ¿Es que no lo sabe?

COMISARIO.- A medias nada más.

NICOLAI.- Yo predicaba la rebeldía contra la muerte, esto es, contra la versión material de la muerte como final definitivo del hombre.

COMISARIO.- ¿Hablaban algo de eso las notas que le di?

NICOLAI.- Tal vez, no; pero yo sacando de ellas sus últimas consecuencias, llegué a esa conclusión: a la de que hay un principio divino dentro de nosotros mismos, que no morirá nunca.

COMISARIO.- (No puede evitar una sonrisa.) Bien. ¿Y qué pasó?

NICOLAI.- Uno, se encaró conmigo y me llamó traidor.

COMISARIO.- ¿Y usted qué hizo?

NICOLAI.- (Levemente.) Nada...

DAVID.- ¿Se dejó insultar?

NICOLAI.- Yo... acaso, no... El Profeta Nicolai, sí.

COMISARIO.- ¡Ah, gran actor! Tan grande, que nadie ha descubierto que es actor. Como profeta habrán podido discutir si era falso o verdadero, pero su condición de actor nadie la ha adivinado.

NICOLAI.- ¿Y cómo podrían haberlo hecho? Mis barbas, mis greñas, mis harapos, ¿no son, de verdad, míos? ¿Es que guardo en el camarín otro traje distinto para salir a la calle?

COMISARIO.- Pero hubiesen podido sospechar que eran postizas, si no sus barbas y sus ropas, sus palabras. Y no lo han sospechado...

NICOLAI.- Mis palabras...

(Por la izquierda aparecen tres muchachos y una muchacha. Tienen aire estudiantil. Tras ellos, un poco rezagado, a medias fundido, a medias distante de los demás, SERGIO, joven también.)

MUCHACHO 1.º.- (Hasta el momento preciso en que descubrirán su juego, hablan extremando las muestras de respeto para el PROFETA.)
Hermano Nicolai...

NICOLAI.- Sí... (Avanza hacia ellos, poseído de su papel.)

DAVID.- (Intenta impedirlo.) No, dejadle ahora, está cansado...

NICOLAI.- (Lo aleja.) No lo estoy. Y aunque lo estuviera, sería lo mismo. Decíme qué queréis.

MUCHACHO 1.º.- Quedamos muy impresionados, hermano Nicolai, por tus palabras, y deseábamos preguntarte si podrías venir a hablarnos a nuestra Escuela.

NICOLAI.- Sí. Iré.

MUCHACHO 1.º.- Nuestras clases terminan todas las mañanas a las doce y ese sería buen momento de que tú...

NICOLAI.- Iré.

MUCHACHO 1.º.- Algunos de nosotros queremos discutir contigo eso de que nos hablas, del más allá, de la vida inmortal, de todo lo que has explicado los últimos días.

NICOLAI.- Iré.

MUCHACHO 1.º.- Y aquí están algunos de mis compañeros que desean saludarte. ¿No os lo dije, muchachos?

(Entonces, tumultuosamente, los restantes jóvenes toman a NICOLAI por centro, se prenden de la mano unos con otros y se ponen a cantar burlescamente, en corro, la canción que antes se oyó entre bastidores. Al concluirla, estallan en grandes carcajadas. El COMISARIO asiste a esta escena con una mirada irónica. DAVID intenta romper este irrespetuoso anillo, el COMISARIO le sujeta el brazo y se lo impide. NICOLAI, en un primer momento, levanta el puño, como si les amenazase, pero cambia de idea. Entonces se arrodilla y besa la mano del MUCHACHO 1.º. Se produce un gran silencio. Todos quedan

cortados ante aquella reacción inesperada. Sin saber qué hacer, se disuelven. Alguna risa en tono menor se les escapa todavía, pero ha perdido su fuerza y hacen mutis, dispersos y sin brillantez, por la izquierda.)

SERGIO.- (Que ha permanecido al margen de esta zarabanda, intenta ahora dirigirse a NICOLAI.) Maestro...

DAVID.- (Coléricamente.) ¡Fuera! (Y le expulsa, por la derecha.)

(NICOLAI sigue de rodillas, en la misma actitud en que quedó después de besar la mano de su burlador.)

COMISARIO.- (Avanza hacia NICOLAI.) Bien, bien, bien, amigo. Admirablemente bien.

NICOLAI.- (De nuevo en la realidad.) ¿Por qué?

COMISARIO.- Nicolai Nordson, en un primer momento, pareció que iba a dejarse llevar de sus impulsos: levantó su puño contra los bergantes dispuesto a tundirles... ¡Ah, sospecho que no le falta genio para hacerlo!... Pero, de pronto...

NICOLAI.- Yo no puedo servirme de la violencia. Vine a predicar la comprensión, la tolerancia, el amor recíproco... Debía besar la mano de ese muchacho. Lo he hecho.

COMISARIO.- ¿Quién le inspiró ese gesto?

NICOLAI.- No lo sé.

DAVID.- ¡Está loco, jefe! Acabarán tirándole piedras, escupiéndole a la cara, vejándole. Y usted, ¿qué?

NICOLAI.- No me defenderé.

DAVID.- Debería avergonzarle. No le reconozco.

NICOLAI.- ¿De verdad me encuentras cambiado? ¿Soy otro? Yo también me noto distinto. Escucha, David, he de decirte una cosa. Hay un mundo del que ya no me acordaba, que yo creía inexistente, muerto. Y que ha resurgido con tu presencia. Ha sido preciso que te viese para que yo me acordara de que soy... un cómico, mejor o peor. Tú eres el nexo que me enlaza todavía a ese otro mundo del que provengo y que es mi pasado y del que es imprescindible que me olvide. ¿Sabes por qué? Porque el actor no necesita sufrir ni estar alegre para que los demás lo estén con él. Su fuerza es su capacidad de fingir... Pero el que se lanza a la calle a predicar una doctrina cualquiera, ese, necesita estar seguro de que es verdad lo que defiende, lo que anuncia. Y si esa convicción no le acompaña, el más torpe se lo notará en la voz y nadie le hará caso.

DAVID.- He venido hasta aquí en la creencia de que podría serle útil, pero empiezo a pensar que tal vez no me necesita.

NICOLAI.- Escucha, yo sé que me quieres, yo te quiero también. Pero si te dijese: Vete, me haces daño continuando a mi lado, ¿me comprenderías?

DAVID.- A medias nada más. Aunque esté dispuesto a obedecerle.

NICOLAI.- Gracias, mi fiel David, gracias.

COMISARIO.- Su proceso interior es curiosísimo, y muy sutil... Voy viendo que todo lo que se refiere a estas cuestiones religiosas es como un líquido inflamable que hay que tocar con cuidado. Hemos de volver sobre ello. Yo bajo a Welskoye. (A DAVID en voz baja.) ¿Por qué no me acompaña? Conviene que hablemos los dos. ¿Sabe, Nicolai, que en realidad la primera fase de mi experiencia está ya vencida y que conviene ir preparando la segunda? ¡Ah, sí, sí, ya se lo explicaré con detalle! ¿Qué, me acompaña?

DAVID.- Sí. Adiós, Nicolai. Buena suerte.

COMISARIO.- Hasta pronto. O mejor, la paz, hermano Nicolai.

(Hacen mutis por la izquierda. NICOLAI queda unos segundos abstraído en sus pensamientos, sin moverse, en el centro de la escena. Poco a poco, los visitantes a los que había ahuyentado DAVID, vuelven. Entran por la izquierda BÁRBARA y MATEO. En segundo término, por la misma lateral, el VIEJO y por la derecha SERGIO. Es este el que se le acerca primero.)

SERGIO.- ¿Me reconoces, Maestro?

NICOLAI.- No...

SERGIO.- La otra tarde en los Jardines de Molva te oí hablar...

NICOLAI.- ¡Ah!

SERGIO.- Yo era uno de... los estudiantes.

NICOLAI.- Ya recuerdo...

SERGIO.- Todo fue muy desagradable. Principalmente... lo de Román.

NICOLAI.- ¿Qué hizo Román?

SERGIO.- Insultarte: te llamó traidor.

NICOLAI.- El orgullo, la dignidad, son valores humanos a los que no doy importancia.

SERGIO.- He pensado largamente sobre lo que te oímos. Hoy por la mañana me decidí a buscarte. Hay algo que quiero decirte.

NICOLAI.- Te escucho.

SERGIO.- Creo en cuanto crees tú.

NICOLAI.- Ah...

SERGIO.- Tu idea esencial es esta: hay algo más del otro lado de la vida física.

NICOLAI.- Así es.

SERGIO.- Dios espera en las puertas de la muerte.

NICOLAI.- Justo.

SERGIO.- Me resisto a la idea de que estemos sobre la tierra, como arrojados, por el desdén y la frialdad de una voluntad superior. Y se me ocurre que tenemos un deber que cumplir.

NICOLAI.- ¿Cuál?

SERGIO.- El de difundir la verdad.

NICOLAI.- (Vagamente.) Claro...

SERGIO.- El de ir por todas partes predicándola. Porque antes y después de conocerla, todo cambia.

NICOLAI.- Cierto.

SERGIO.- Vengo a unirme a ti y quiero que sepas que estoy

dispuesto a seguir tu camino.

NICOLAI.- (Le mira enigmáticamente.) ¿Cómo te llamas?

SERGIO.- Sergio. Soy estudiante de la Escuela Superior.

NICOLAI.- Escucha, Sergio: nunca sabrás cuánto me conmueve oírte, al ver que te acercas a mí como un discípulo.

SERGIO.- Así es.

NICOLAI.- Eso me da la medida de mi verdad.

SERGIO.- ¿Te sorprende?

NICOLAI.- No, ya lo sabía. En cierto modo... ah, eso no puedes entenderlo, mi primer discípulo, no eres tú, soy yo mismo.

SERGIO.- ¿Tú?

NICOLAI.- No, no puedes entenderlo, ya te previne. Y no sé tampoco si entenderás por qué te rechazo.

SERGIO.- No...

NICOLAI.- Y lo grave es que no me es posible explicártelo. Pero es indudable que he de renunciar a tu ilusión, a tu generosidad, a tu convencimiento.

SERGIO.- ¿Me rechazas?

NICOLAI.- Sí.

SERGIO.- Y si así es, ¿por qué predicas? ¿No es para convertir a los que no creen?

NICOLAI.- Sí.

SERGIO.- ¿Y qué haces con los que conviertes, como yo? ¿Les apartas de tu lado, les niegas tu ayuda?

NICOLAI.- Sí.

SERGIO.- ¿Qué hemos de hacer entonces?

NICOLAI.- No contar conmigo, seguir vuestro camino como si no existiese.

SERGIO.- ¿Esa es tu última decisión?

NICOLAI.- (Tras una larga pausa.) Hoy, sí.

SERGIO.- ¿No cambiarás?

NICOLAI.- Espera que pase el tiempo. (Trabajosamente.) Acaso un día...

SERGIO.- ¿Qué?

NICOLAI.- Déjame ahora, Sergio. Y gracias por cuanto me has dicho.

SERGIO.- (Súbitamente se arrodilla.) Bendíceme...

NICOLAI.- ¿Bendecirte?

SERGIO.- Sí.

NICOLAI.- No, eso no.

SERGIO.- Ya que me niegas el privilegio de luchar a tu lado, concédeme al menos... tu protección espiritual.

NICOLAI.- ¡Sergio!

SERGIO.- Voy a imitar tu ejemplo, a repetir tus palabras, a trabajar para que se ilumine por dentro el corazón de los que no creen... ¿Y serás capaz de negarme tu bendición?

NICOLAI.- Escucha...

SERGIO.- Sé que he de correr muchos riesgos, que han de perseguirme, que he de sufrir; pero si tú me ayudas, aunque sea a distancia, con tu aliento, no me faltarán las fuerzas...

NICOLAI.- (Resuelto.) Sergio... (Le pone la mano sobre la

cabeza.) Yo te bendigo.

(SERGIO le besa la mano. Después hace mutis, mirándole, por la izquierda. NICOLAI queda absorto, la mirada perdida en una visión lejana.)

BÁRBARA.- Está solo, corre, háblale.

MATEO.- (Se adelanta.) Hermano Nicolai: ayúdanos.

NICOLAI.- ¿Qué queréis de mí?

MATEO.- Vivimos en Welskoye, trabajamos en una de las aserradoras de madera. Bárbara, mi mujer y yo... Os hemos oído hablar, señor, decir lo que siempre hemos supuesto, que hay un Dios que nos gobierna y que manda en nuestras vidas.

NICOLAI.- ¿Y qué os trae hasta aquí?

BÁRBARA.- Mateo yo tenemos una hija en la que nos miramos como en nuestros propios ojos, un ángel que no parece de este mundo, de dulce y cariñosa que es.

MATEO.- Aglaia se llama.

BÁRBARA.- ¿Qué le importa el nombre? El caso es que... Aglaia... (Transición.) veinte años tiene, ¿sabe? Hace dos... de repente, sin que sepamos por qué, una noche se acostó alegre y sana... y al despertarse... (Llora.) Discúlpeme, señor, es que me da tanta pena cuando me acuerdo... ¿Qué sería? Lo he pensado muchas veces... ¿Un aire emponzoñado?... ¿Quién lo sabe? El caso es que, por la mañana, cuando le llegó la hora de levantarse, intentó hacerlo... y no pudo... Las piernas se le doblaban, no le regían, no eran capaces de llevarla a ninguna parte... ¿comprende? Y así está desde entonces...

MATEO.- La ha visto el médico. Y no lo entiende...

BÁRBARA.- Solo hay una posibilidad de que Aglaia se salve.

NICOLAI.- ¿Cuál es?

(Se arrodillan los dos.)

MATEO.- Vos, señor.

NICOLAI.- (Conmovido.) ¿Imagináis que soy un mago? Me da mucha pena deciros que os equivocáis.

BÁRBARA.- No...

NICOLAI.- Os aseguro que sí, hermanos.

MATEO.- En el pueblo se cuenta que habéis hecho milagros, que en Welskoye a la hija de un capataz que se llama Helena y que estaba como Aglaia, la curasteis con solo ponerle las manos sobre la frente...

NICOLAI.- ¿Dicen eso?

BÁRBARA.- Y que os han visto cruzar el lago de orilla a orilla, sobre las aguas, sin mojaros siquiera.

NICOLAI.- ¿Quién os ha contado esas cosas?

MATEO.- Todos hablan de ellas.

NICOLAI.- Pero no son ciertas. Yo no curo a nadie ni hago

milagros.

MATEO.- Pero podríais hacerlos, si quisierais.

NICOLAI.- (Se escruta a sí mismo.) No... no podría.

BÁRBARA.- Entonces... ¿qué diremos a nuestra hija? Vino con nosotros. Aguarda aquí cerca.

MATEO.- Se morirá de pena si sabe que...

BÁRBARA.- Ella tiene tanta fe... Hoy por la mañana, la cara le resplandecía solo de pensar que venía a veros.

NICOLAI.- Quitadle de la imaginación esas ilusiones. Por desgracia, yo no seré quien remedie sus males.

BÁRBARA.- ¿Y ese Dios del que habláis?

NICOLAI.- Solo os diré una cosa: si yo pudiese, Aglaia sanaría.

BÁRBARA.- Pues claro está que podéis.

(AGLAIA aparece ahora por el primer término izquierda. Es una muchacha de veinte años, bellísima, que se apoya en unas muletas.)

MATEO.- Miradla: ¿verdad que es triste el verla?

NICOLAI.- Sí, es muy triste.

(Pausa. AGLAIA avanza unos pasos trabajosamente.)

BÁRBARA.- Ponedle una mano en la cabeza como hicisteis con Helena.

NICOLAI.- Será inútil...

BÁRBARA.- Probadlo, por lo menos. Vuestras manos son santas.

NICOLAI.- No lo creáis.

BÁRBARA.- Intentadlo, señor.

(AGLAIA se arrodilla ayudada por sus padres. NICOLAI, tras unos segundos de vacilación coloca su mano sobre la cabeza de AGLAIA.)

¿No rezáis?

NICOLAI.- (Con visible sufrimiento.) Sí rezo... Dios: olvidad quién os lo pide. Ved solo a esta pobre criatura, con su juventud, con su invalidez. Apiadaos de su dolor y del de sus padres...

(Súbitamente.) ¡Basta ya! ¿Por qué queréis que rece? ¿Y a quién? ¿Qué os imagináis? ¿Qué Dios está allí, flotando sobre estas ruinas y esperando que yo le pida que cure a vuestra hija para concedérmelo? ¿Y por qué? Si os lo ha negado a vosotros que sois limpios de alma, ¿por qué me lo va a conceder a mí, que soy un farsante? Ahora ya lo sabéis. No contéis conmigo. Llevad a vuestra hija a Mittelburg. Buscad los médicos y las medicinas que os convengan. Solo ellos hacen milagros.

BÁRBARA.- Pero, señor...

NICOLAI.- Mis manos no sirven de nada.

MATEO.- Perdonadnos, señor, nosotros suponíamos...

NICOLAI.- Mal supuesto.

MATEO.- Vámonos, Aglaia, vámonos.

(Entre los padres ayudan a incorporarse a AGLAIA. Los tres hacen mutis por la izquierda. NICOLAI se deja caer, sollozando, sobre una de las piedras. El VIEJO lentamente desciende hacia él.)

VIEJO.- Lloro, hijo mío, te hará bien. Te duele tu impotencia, el sentirte incapaz de curar a esa pobre niña... ¿Y qué querías? ¿Que hubiese echado a andar simplemente por tocarla con la mano? ¡Ah, no, eso habría sido un milagro muy grande... y Dios los permite rara vez!

NICOLAI.- Lloro por muchas cosas que no puedes sospechar.

VIEJO.- Pero hay algunas que adivino, hijo mío. Escúchame: los caminos de Dios son muy oscuros. Acaso tú, sin saberlo, has sido elegido.

NICOLAI.- ¿Yo?...

VIEJO.- Sí. Que no te quite fuerzas pensar de dónde vienes ni lo que fuiste. Sigue por donde vas: haces bien a cuantos se te acercan, y a ti mismo.

NICOLAI.- ¿Quién eres, para hablarme así?

VIEJO.- ¿Qué puede importarte? Mucho tiempo atrás, antes de arder el monasterio, había en él un chiquillo inquieto y alegre, al que llamaban en broma «el hermano Mandadero». Iba y venía de un lado para otro, soñando siempre con la hora de entrar al servicio de Dios. Yo soy, cercano a la muerte, el hermano Mandadero... Los monjes murieron ya... ¿Sabes que hay quien dice que alguna vez se les oye cantar, como si aún estuviesen en el coro? No soy nadie, nadie, nadie, ya lo ves... Pero la fe que llevo en mi corazón desde entonces, me persuade de que tengo a Dios cerca de mí y de que Él me asiste. Yo sí quiero bendecir tu alma torturada, pero limpia. Y lo hago como se ha bendecido siempre, desde hace dos mil años sobre la tierra: en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

(NICOLAI se arrodilla lleno de reverencia. Y lentamente cae el...)

TELÓN

Cuadro III

La misma escena del cuadro anterior.

Al comenzar la acción, aparecen en escena DANIEL, BASILIO y ELOY, que forman un grupo y hablan en el extremo izquierdo del escenario. Visten lo que podría ser el uniforme de un campo de concentración, un uniforme, dicho sea de paso, sobre el que han pasado muchos meses de descuido y de intensivo uso. MARÍA está sentada en primer término. Es una muchacha sin maquillar. De vez en cuando, la conversación de DANIEL, BASILIO y ELOY parece referirse maliciosamente a ella. El COMISARIO y DAVID hablan en el extremo derecha del escenario.

DAVID.- Y ella, ¿quién es?

COMISARIO.- La que hará el papel de ciega.

DAVID.- Pues tiene unos ojos preciosos.

COMISARIO.- Trabaja en las oficinas del campo de concentración. Trabajo difícil, no crea usted. Es la única sombra femenina de aquellos parajes. Cuando va a su despacho, detrás de las alambradas, la ven cruzar centenares de hombres que sueñan con una imposible noche de amor. Y dígame, ¿qué le parecen los otros bigardos? ¿Cree que nos servirán?

DAVID.- Naturalmente que sí. Tampoco se trata de engañar a sabios, sino a gentes más sencillas y crédulas. Esto aparte, entre los espectadores, emboscaremos a algunos que nos ayuden a formar ambiente.

COMISARIO.- Todos estos pertenecen al grupo de aficionados del campo de concentración. Dan representaciones, si han sido buenos chicos, una vez cada tres meses. Dieron para mí una especial. ¿No llaman ustedes al público el monstruo de mil cabezas?

DAVID.- Nunca más monstruoso que cuando solo tiene cuatro o cinco, Comisario.

COMISARIO.- Estos eran los más despiertos. Les llamé aparte y les felicité. Les dije que parecían actores profesionales.

DAVID.- También hay actores profesionales que parecen aficionados. Escuche, Comisario. El contrato acaba en el mismo momento en que acabe esta pantomima. Nicolai queda libre acto seguido para reanudar su vida normal. ¿No es así?

COMISARIO.- Puede estar tranquilo.

DAVID.- Si he ayudado a usted en todo, es con esa condición.

COMISARIO.- Ya lo sé.

DAVID.- Quisiera, también, que si Nicolai se resistiese a volver a

sus bases de partida, me ayudase usted.

COMISARIO.- ¿Es que teme que se niegue?

DAVID.- No lo sé.

COMISARIO.- Parece dominado por una fiebre extraña. Yo le acompañé, discretamente, en sus primeras andanzas. Habló, desde el principio, con un fuego contagioso.

DAVID.- Ese fuego no le ha abandonado. Al revés, ha ido subiendo de punto.

COMISARIO.- El número de los que le oyen ha aumentado, también, día a día. Ayer, otra vez, en los Jardines, habló mucho tiempo a un centenar de personas. Cuantos más sean los que le escuchen, más ejemplar será el chasco que se llevarán después.

DAVID.- Bien, Comisario. Ahí le dejo su compañía. Debo marcharme. No me gustaría que Nicolai me encontrase.

COMISARIO.- ¿No volvió a verle desde que le despidió?

DAVID.- En absoluto. (Transición.) Calle. Ahí le tiene. Buena mano. (Y hace mutis por la izquierda.)

COMISARIO.- (Tras una breve vacilación.) Amigos: convendrá que os retiréis unos minutos. Se os llamará en seguida.

(Hay un rumor de vago asentimiento y todos, ELOY, BASILIO, DANIEL y MARÍA, se van por la izquierda. NICOLAI entra por la derecha. El COMISARIO avanza hacia él.)

Nicolai Nordson: mi enhorabuena. Ha triunfado.

NICOLAI.- ¿En qué consiste mi triunfo?

COMISARIO.- Una oleada de fe invade las calles de Welskoye. Hombres y mujeres, niños y viejos se disponen a santificar sus vidas, a renunciar a sus pasiones y a enriquecerse de virtudes. Y todo eso es la obra de un profeta, venido no se sabe de dónde, que ha sabido tocarles el corazón. ¿Eh, es ese un motivo para felicitarle o no? Welskoye era uno y después del paso por sus calles del Profeta, es ya otro.

NICOLAI.- Bien pequeña es mi obra.

COMISARIO.- ¡Ah, no!... La obra más importante hecha por un actor desde que el teatro existe. ¿Quién puede comparársele?

NICOLAI.- Un actor...

COMISARIO.- Sí, un actor al que todavía le queda una última escena por representar.

NICOLAI.- ¿De qué escena se trata?

COMISARIO.- ¡Ah, la más grandiosa de todas! Si he de serle sincero, me gustaría ser yo quien la representase.

NICOLAI.- ¿Por qué no lo hace?

COMISARIO.- No se imagine que bromeo. ¿Me permite una confidencia? Me siento desengañado, entristecido... Resulta que en 1956 el alma de las gentes está tan próxima a la credulidad, a la papanatería, como hace tres mil años. Suponía al hombre de hoy entero y fuerte, y es como un niño que se echa a llorar en un cuarto oscuro.

NICOLAI.- (Levemente.) Así será siempre, Comisario.

COMISARIO.- (Sin contestar a la objeción.) En el siglo de la

radio, del átomo, de los aviones supersónicos, los ingenuos habitantes de Welskoye descubren la inmortalidad del alma y el más allá. Nuestro Servicio de Propaganda debe guardar un mes de luto. NICOLAI.- Ahogar en el hombre la idea de Dios, tal vez es más difícil de lo que parece.

COMISARIO.- ¿Es ese el resumen de su experiencia? Quizás no le falte razón. Al hombre se le hace difícil desprenderse de ciertas esperanzas. Es bonito pensar que somos inmortales, y cuando alguien viene con esos cuentos de color de rosa, todos estamos deseando darle la razón. ¿O es que se imagina que a mí me divierte la idea de ser comido por los gusanos? No, no... Preferiría irme al cielo derecho. Solo que el cielo no existe y yo considero inmoral el ofrecerlo. Por un momento supuse que no iba usted a tener quien siguiera, salvo cuatro histéricos o cuatro despistados. No me duelen prendas, amigo Nicolai: su éxito es abrumador. Intentemos, en consecuencia, neutralizarlo.

NICOLAI.- ¿De qué manera?

COMISARIO.- Si alguien que nos halagó los oídos con esas historias de purpurina, canta la palinodia y reconoce que es un mixtificador; si previamente ha llevado su cinismo al extremo de atribuirse la facultad de hacer milagros y los hace, en efecto, falsos, y alguien, de entre los espectadores, se levanta y le quita la máscara y le descubre los trucos, su autoridad quedará por los suelos, ¿no es

así?

NICOLAI.- Sí.

COMISARIO.- Pues esa escena es, justamente, lo que vamos a preparar ahora.

NICOLAI.- ¿Qué se propone hacer?

COMISARIO.- Yo... casi nada. Es usted, usted, querido Nicolai, el que va a hacer algo... y muy importante... y delante de un auditorio muy nutrido. Porque aquí no cabrá un alfiler, se lo aseguro... ¿Y cómo va a haber sitio para nadie? Días antes, a su paso por las calles de Welskoye, habrá curado a un sordomudo, a un epiléptico. Ahora los verá usted. Por cierto, no tema que se le aparezcan de pronto, poniéndose en evidencia, enfermos auténticos. Ya se los ahuyentaremos. El caso es que se correrá la voz de que va a predicar en este claustro y que, con la esperanza de verle hacer nuevos milagros, lloverán los curiosos. Aquí, entre estas piedras venerables, le devolverá la vista a un ciego, a una ciega, mejor dicho, y la vida a un muerto. ¿Eh, qué le parece? Y cuando todos los que se han dejado conmovir por sus predicaciones y sus monsergas, estén en éxtasis, convencidos de que Dios se ha dignado volver al viejo Monasterio, yo, espíritu destructor, saldré de entre las filas de los espectadores y gritaré sobre poco más o menos: «¡Ciudadanos de Welskoye: buen pícaro nos ha caído en suerte! Esos milagros son una pura filfa. El mudo no era mudo, el ciego no era ciego, y el muerto disfrutaba de la misma salud que todos nosotros. Tan falsos como sus milagros, son los que se le atribuyen a Jesús, y claro es que si sus milagros son falsos, sus doctrinas también lo son y que, por tanto, Dios no existe». ¿Cómo reaccionarán sus fieles? Ah, eso,

¿quién lo sabe? En todo caso, usted no pase cuidado, escapará sin daño. ¿Comprende, Nicolai?

NICOLAI.- Sí...

COMISARIO.- Y de esta manera el trastorno, la perturbación que, con sus inspirados sermones, haya podido producir en el ánimo de los habitantes de Welskoye, se disipará. Y la experiencia del Gabinete de Propaganda se dará por terminada. ¿Le interesa a usted saber con qué conclusiones? Medio siglo de lucha contra la fe religiosa ha sido prácticamente estéril. Dios ha estado a punto de ser entronizado en Welskoye. Es preciso comenzar de nuevo. O esperar el paso de otros cincuenta años o de un siglo para llegar a un resultado más optimista. (Se asoma a la izquierda.) ¡Eh, vengan todos!

(Entran todos, en efecto, los que se encontraban en escena al comenzar el cuadro.)

Vea su gente Nicolai... Y en cuanto a vosotros, sepamos quién es el sordomudo y el epiléptico y el muerto.

DANIEL.- Yo soy el sordomudo.

(Los demás se ríen.)

COMISARIO.- ¿Por qué esas risas?

BASILIO.- Porque le tocó en suerte.

COMISARIO.- ¿Hubo sorteo?

BASILIO.- ¡Claro!

DANIEL.- ¡Bah! Tampoco saliste tú muy favorecido. ¡Ah, y toma tus ropas! (Le entrega un paquete.)

COMISARIO.- ¿Qué es eso?

DANIEL.- Una sábana, para Basilio, que es el que hace de muerto.

COMISARIO.- Perfecto: muy espectacular. Tú eres el muerto, ¿no?

(Se ríe.) Por muchos años, muchacho. ¿Cómo te llamas?

BASILIO.- Basilio Karpo.

COMISARIO.- Se lo presento, Nicolai, este es el protagonista del mejor de sus milagros, de aquel por cuya virtud, devuelve la vida a un muerto.

NICOLAI.- No, Comisario...

COMISARIO.- Tú representas ser un leñador. Vives, mejor dicho, vivías no muy lejos del río. Unas fiebres misteriosas han acabado contigo en una semana. Eso es, de unas fiebres has muerto... Y te traerán en unas parihuelas. Están ya, ¿no?

DANIEL.- Sí, ahí las tenemos.

COMISARIO.- Pues... Ya lo sabéis... en el momento oportuno... Pero ese es el número fuerte... Hay que abrir boca con otros milagros... más sencillos, hay que prepararlo todo, como si fuese un efecto escenográfico... de menos a más, reservando la gran sorpresa para el final...

BASILIO.- ¿Y qué he de hacer después?

COMISARIO.- Después, ¿de qué?

BASILIO.- Después de resucitar.

COMISARIO.- Tu vida normal, Basilio.

BASILIO.- Pero, ¿qué será lo primero que diga?

COMISARIO.- Ah, ya entiendo... Claro, claro, hay que pensar unas palabras para este trance. ¿Cuáles deben ser las primeras palabras de un resucitado? Caramba eso es un problema... ¡Ah, ya está! Lógicamente, debe preguntar por sus hijos. Justo, Basilio. «¿Y mis hijos?». ¿Eh, comprendido?

BASILIO.- Es que yo, soy soltero.

COMISARIO.- Que más da. Habrá gente por todas partes, naturalmente. De Welskoye y de sus alrededores. Se habrán agotado las entradas, como en las grandes noches. Y en medio de todos, mirado, reverenciado como un ser superior, capaz de obrar prodigios, de devolver la salud perdida, la vida inclusive, Nicolai Nordson... ¡Ah, magnífico, realmente magnífico!... Vosotros, saldréis de sitios distintos hacia él. ¿Entendido? Por ejemplo, el sordomudo: ¿quién es el sordomudo?

DANIEL.- Yo.

COMISARIO.- ¡Ah, muy bien! ¿Sabes tu papel?

DANIEL.- A medias. Antes del milagro, sí. Después, no.

COMISARIO.- ¿Cómo?

DANIEL.- No sé lo que he de decir cuando recobre el habla.

COMISARIO.- Ya. ¿Y a ti qué se te ocurre?

DANIEL.- No sé...

COMISARIO.- Debes de dar las gracias, pienso yo. Claro, es lo más natural. Gracias a Nicolai y a Dios, por ese orden.

MARÍA.- ¿Yo soy la ciega, no?

COMISARIO.- Sí.

MARÍA.- Escuche. Comisario. ¿Y si hay ese día un ciego de verdad y se acerca al Profeta y pide que le devuelva la vista...?

COMISARIO.- (Simula lo que en ese trance deberá hacer NICOLAI. Para ello se acerca a MARÍA, como si fuese la ciega auténtica, le pone las manos sobre los hombros, le clava la mirada y dice solemnemente.) «Tu alma no está limpia todavía. Vuelve cuando lo esté, hermano mío». (Transición.) ¡Hale, prepárate, Basilio, y acabemos!

(Hacen mutis por la izquierda.)

¿Y ese silencio, esa pasividad, Nicolai, a qué viene, se puede saber?

NICOLAI.- No me obligue a esta carnavalada, Comisario.

COMISARIO.- Lo de antes, ¿no era también una carnavalada? Escuche, Nicolai, voy a darle un consejo, serénese. Yo sé muy bien que sus nervios están un poco desquiciados y quizás yo tengo la culpa. Los días de cárcel...

NICOLAI.- Sí, los días de cárcel han sido decisivos. Por vez primera yo me he encontrado a solas conmigo mismo, y he pensado en muchas cosas en las que jamás lo había hecho hasta ese momento.

Desde el fondo de mi alma, Comisario, yo le agradeceré siempre los días de cárcel.

COMISARIO.- Es la primera vez que alguien me agradece una cosa así.

NICOLAI.- Pero quiero pedirle que me deje al margen de su juego.

COMISARIO.- Vamos, se imagina que no es usted un actor de pueblo solamente, sino un profeta hecho y derecho, con sus revelaciones, con su misión sobrenatural. ¿Es así, Nicolai?

NICOLAI.- No. Yo sé que no soy un profeta, pero sé que cuanto he dicho en estos días, por las calles de Welskoye, es verdad. En suma: hoy creo que Dios existe, aunque se haya intentado suprimirlo. Sí, ya sé que esto mismo y con las mismas palabras estaba escrito en las notas que me sirvieron los primeros días. Pero no importa, aunque así sea, no es mentira. A veces, los actores, no sabemos bien si hablamos por nosotros mismos o con la letra aprendida. Temo haber hecho el amor en alguna ocasión con frases de mis comedias y le aseguro que no por ello estaba menos enamorado. Dios existe... ¿era eso de mi papel? Pues ya lo es de mi sangre.

COMISARIO.- Querido Nicolai, dejémonos de novelorías... Un actor como es debido, tiene que cumplir sus contratos... Y el nuestro le obliga todavía.

NICOLAI.- Ya lo sé, Comisario.

COMISARIO.- Tampoco es tan difícil lo que le pido. ¿O es que va a resultar que cree usted en los milagros?

NICOLAI.- Quizás sí, Comisario.

COMISARIO.- (Irónico.) ¿Ha tenido la suerte de ver alguno? Cuéntemelo, Nicolai.

NICOLAI.- No, quizás no son estos tiempos de milagros. El milagro necesita de la fe, como el trueno de la electricidad. Pero yo pienso que, desde que el mundo es mundo, alguna vez quien lo creó, sea quien sea, habrá querido hacerse presente a los hombres. Y para eso habrá tenido que servirse de los milagros. Y, desde luego, si algún enviado de Dios pisó alguna vez sobre la tierra, ese, no lo dude, habrá hecho milagros.

COMISARIO.- ¿Y por qué está tan seguro?

NICOLAI.- Si a Jesús, por ejemplo, le hubiese pedido Aglaia que la sanase, Jesús le habría sanado.

COMISARIO.- ¿Y quién es Aglaia?

NICOLAI.- Una pobre muchacha impedida. Vino a suplicarme que la curase, a mí, Comisario. ¿Se imagina lo que es eso? Ella creía que estaba en mi mano el que volviese a andar. Y yo lloré, al verme impotente para curarla. Pero entonces comprendí que ningún ser divino, de paso entre los hombres, capaz de sanarlas con solo rozarle los dedos, habría resistido sus lágrimas sin conmoverse.

COMISARIO.- Es curioso... Se ha intoxicado usted con la vacuna... Pero hay que hacer un esfuerzo, amigo mío, y llegar hasta el fin. Le necesito, Nicolai. Fíjese bien: las cosas están planteadas de tal forma que sin su concurso no podríamos resolverlas. Si usted muriese -¡Ah!, esté tranquilo, su vida interesa al Estado-, ¿cómo anularíamos su siembra? Sería difícil, créalo. Si le metiéramos en

la cárcel -no pase cuidado, es hablar por hablar- sus catecúmenos se amotinarían. Si desapareciese sin dejar rastro, estos bobalicones de Welskoye, serían capaces de reinventar en su honor el carro de Elías, su correligionario. Por eso es indispensable su confesión. Solo su confesión, al acabar la comedia puede neutralizar los efectos de sus sermones.

NICOLAI.- No cuente conmigo, Comisario.

COMISARIO.- (Se ríe.) ¿Y con quién entonces? Claro que cuento con usted. Escúcheme, ahora recuerdo que creo haber visto a Aglaia... ¿No es una muchacha que anda con muletas?

NICOLAI.- Sí, así es...

COMISARIO.- Realmente, le aprieta a uno el alma verla. Es tan tierna, tan joven... David me habló de sus padres. Porque ha de saber que David continúa aquí. Me parece que él y Aglaia son las dos únicas personas que le interesan en Welskoye, ¿me equivoco?

NICOLAI.- Así es.

COMISARIO.- Supongo que no querrá que a ninguno de los dos les suceda nada desagradable.

NICOLAI.- Si me niego a seguir, ¿qué he de temer de usted?

COMISARIO.- Usted nada. Usted es sagrado, Nicolai, y voy pensando que capaz de cualquier locura heroica. A tal punto, que me guardaré muy bien de coaccionarle... directamente... Pero no olvide que estoy resuelto a vencer todos los obstáculos y que nadie ni nada podrá detenerme a mitad de camino. (Pausa.) Un consejo: déjese llevar... por las buenas, y dentro de pocos días, ilustre comediante, le doy mi palabra de honor de que todo habrá concluido.

(NICOLAI le mira con agresividad, pero el COMISARIO sonrío, como si su mirada le resbalase.)

OSCURO

Cuadro IV

El mismo decorado.

Ahora, sin embargo, en cada uno de sus emplazamientos, hay grupos de hombres y de mujeres. En el centro, NICOLAI. El COMISARIO está sentado frente a él. MARÍA igual que en el cuadro anterior, avanza hacia NICOLAI. Un bigardo cualquiera le sirve de lazarillo.

MARÍA.- Señor, apiadaos de mí. Mis ojos no ven. ¿Dónde habrá desgracia como la mía? Yo sé que si vos queréis, con una sola palabra vuestra, podré ver. ¡Tened piedad de mí, señor! (Y repitiendo exactamente la pantomima del cuadro anterior, se arrodilla.)

NICOLAI.- (Le pasa la mano por los ojos.) En el nombre de Dios, hermana, yo te lo ordeno: ve.

(El falso milagro se produce en el acto. MARÍA recobra la vista.)

MARÍA.- ¿Sois vos, señor, quien me ha curado?

NICOLAI.- Es Dios, hermana, es Dios.

MARÍA.- (Se arrodilla y le besa los pies.) ¡Gracias, señor, gracias! Veo, veo...

(Un murmullo general subraya esta escena.)

ANTÓN.- Déjame que te mire. ¿Quién eres tú?

MARÍA.- María Piuma.

ANTÓN.- ¿Desde cuándo estabas ciega?

MARÍA.- Según mi madre, vi los dos primeros años de mi vida. Después me quedé ciega.

ANTÓN.- Historias. Tú has visto siempre.

MARÍA.- ¡No es verdad!

ANTÓN.- El epiléptico de ayer, era tan normal como cualquiera de nosotros; el sordomudo del jueves, hablaba y oía. ¡Esto es una

farsa!

HOMBRE 1.º.- ¡Mentira! Yo conocía al sordomudo.

ANTÓN.- ¿Quién eres tú?

HOMBRE 1.º.- Me llamo Marcos. El sordomudo vive en mi mismo pueblo, a cuarenta kilómetros de aquí; y nunca había hablado hasta entonces.

ANTÓN.- ¡No es verdad!

HOMBRE 1.º.- ¡Es verdad!

MUJER 1.ª.- ¿Por qué no ha de serlo? Si ha devuelto la vista a una ciega, ¿por qué no ha de hacer hablar a un sordomudo?

ANTÓN.- ¡Niego que María fuese ciega!

MARÍA.- Señor, ¿cómo se atreve a decir eso?

MUJER 1.ª.- Era ciega. Yo la conozco. Nunca le hablé en mi vida, pero la veía pasar por delante de mi casa todas las tardes.

(Hay un rumor de general asombro.)

ANTÓN.- Se han puesto de acuerdo para engañarnos...

MARÍA.- Yo, no. Yo no veía antes, y ahora veo. Yo no me he puesto de acuerdo con nadie.

COMISARIO.- (A ANTÓN, recriminatoriamente.) ¿Por qué le interrumpís? Dejadle... Tal vez al final nos explique lo que ahora no entendemos.

ANTÓN.- Está muy claro: todos siguen un juego convenido. Los que simulan ver y oír y los que juran que dicen verdad.

COMISARIO.- Quién sabe, quién sabe...

(Por la izquierda entra precipitadamente un muchacho joven.)

JOVEN 1.º.- ¡Señor, señor!... ¡Compadécete de nosotros!... Nuestro hermano ha muerto... Nosotros sabemos que si tú lo quieres, puedes volverle a la vida.

ANTÓN.- (Irónico.) ¡Ah, que resucites a un muerto!... Eso es lo que te piden, Nicolai.

JOVEN 1.º.- Ayer se acostó, sano y fuerte, y hoy por la mañana amaneció muerto... Sé bueno, señor, y vuélvele a la vida... Mis padres no resistirán esa prueba... Lo hemos traído hasta aquí...

¿Nos permites que...?

ANTÓN.- ¿Cómo? ¿Lo habéis traído? (Y hace mutis con precipitación pícara por la izquierda.)

NICOLAI.- Dejad que le vea.

JOVEN 1.º.- ¡Oh, señor!... Si resucitase, seríamos tus esclavos para siempre.

NICOLAI.- Dejad que le vea.

(El JOVEN 1.º hace mutis por la izquierda. En este momento, sobre unas parihuelas traen dos hombres a BASILIO. A su lado va ANTÓN. ANTÓN quita la manta que recubre a BASILIO, para ver su rostro. Después mira de hito en hito a NICOLAI. Las parihuelas con el cuerpo de BASILIO quedan depositadas frente a NICOLAI.)

COMISARIO.- Sépase quién es el muerto.

JOVEN 1.º.- Es Basilio Karpo, nuestro hermano. Trabajaba como leñador cerca de Welskoye.

COMISARIO.- ¿Hay alguno entre vosotros que le conozca?

MUJER 2.^a.- Yo le conocía. El lunes volvimos juntos del trabajo.

COMISARIO.- Mira si es él.

(La MUJER 2.^a se abre paso y se acerca a BASILIO.)

MUJER 2.^a.- Sí, este es.

JOVEN 1.º.- (A NICOLAI.) Resucítale, señor.

NICOLAI.- En el nombre de quien todo lo puede, Basilio Karpo, vuelve a la vida: yo te lo ordeno.

(El JOVEN 1.º y los portadores de las parihuelas se arrodillan.
ANTÓN mira a BASILIO con fijeza. Hay una pausa de unos segundos.)

JOVEN 1.º.- (En voz baja, como si le llamase la atención.)
Basilio...

ANTÓN.- Hagámoselo más fácil. (Le descubre por completo.)

(BASILIO aparece inmóvil, envuelto en una sábana blanca.)

NICOLAI.- (Se acerca a él.) Basilio Karpo... En el nombre de quien todo lo puede... (Lo examina. Comprende que ha muerto de verdad y mira con ojos de asombro al COMISARIO y en derredor suyo.)

(El COMISARIO se acerca a su vez a BASILIO. Hay un rumor general.)

UNA VOZ.- (Irónicamente.) ¿Qué, Profeta? ¿Cuesta trabajo?

COMISARIO.- Este hombre está muerto realmente.

ANTÓN.- No lo dude un momento. Muerto, sin ninguna duda.
Resucítalo, Nicolai.

(Los de las parihuelas comprueban, en efecto, que ha muerto y huyen por el lateral de su entrada precipitadamente. El JOVEN 1.º se va por la derecha, poco a poco, pálido, sobrecogido.)

NICOLAI.- (Se acerca a BASILIO. Le descubre por entero. Le palmea en la cara nerviosamente, con fuerza. Le aprieta el brazo. El derecho se desborda, inerte, rígido, fuera de la camilla.) Está muerto, es verdad: está muerto... (Al JOVEN 2.º.) ¿Cuándo ha muerto?

JOVEN 2.º.- (Horrorizado.) Ahora mismo... Tiene calor todavía.

NICOLAI.- (Se dirige a todos.) ¿Es que no comprendéis lo que acaba de pasar aquí, ante vuestros ojos?, ¿no lo comprendéis? (A ANTÓN.) Tú tenías razón. La ciega no era ciega y el sordomudo de ayer, hablaba, pero Basilio Karpo estaba tan vivo como nosotros hace unos minutos. ¡Y ha muerto! ¿No veis en esa muerte la mano de Dios? ¡Milagro, hermanos de Welskoye, milagro! ¡¡Dios existe!! ¡Aglaia, Él te puede curar!

OSCURO

Cuadro V

Al levantarse el telón, SERGIO está en escena. Sentado, con la mirada fija en un punto lejano, parece esperar a alguien. Distante, por la izquierda, se oye muy tenue la voz de DAVID.

DAVID.- ¡Nicolai!

(SERGIO se pone de pie, al escucharla.)

Nicolai... Nicolai...

(NICOLAI entra por la derecha.)

NICOLAI.- Sergio: al fin... Creí que no podría dar contigo. Pero te llegó mi recado... ¡Oh, qué alegría!... Oye, necesito hablarte. Hace ya muchos días que me dijiste que querías luchar por lo que yo lucho, y te rechacé. He vuelto de mi acuerdo y te he llamado para decírtelo.

SERGIO.- El corazón no me engañaba. Sabía que vendría este momento.

NICOLAI.- Pero antes, es preciso que sepas quién soy. Yo no soy un profeta. Yo soy simplemente, un actor, pagado para representar el papel de enviado de Dios ante las pobres gentes de Welskoye.

SERGIO.- No...

NICOLAI.- Sí, Sergio. Hoy me presté a una farsa indigna. Debía ser la última. Me amenazaron con tomar represalias, no sobre mí, que no me hubiera importado, sino sobre otras personas. Y de pronto... Hoy, Sergio, se ha producido un milagro. El ser testigo, solamente testigo de un milagro, deja una huella imborrable. Pero yo he sido más que eso: un instrumento. El milagro se ha hecho a través de mí. Y yo ahora me siento otro ser diferente del que era hace unas horas, del que he sido durante cuarenta años.

SERGIO.- ¿De qué milagro me hablas?

NICOLAI.- Yo he visto morir, súbitamente, fulminado por la cólera divina, a un hombre joven y fuerte.

SERGIO.- ¿Cómo?

NICOLAI.- «Es el corazón que le falló», decían algunos. «La impresión de verse envuelto en un sudario», decían otros... Y claro que esa pudo ser la causa física de su muerte. Pero, ¿quién apretó ese corazón, cuando aún latía con fuerza? Basilio, un pobre títere

que se fingía el muerto, murió en un segundo, sin resurrección posible. ¡Ay, Sergio, hoy sé que si Dios descargó el peso de su mano sobre Basilio, no fue tanto para su castigo como para mi conversión! ¿Entiendes?

SERGIO.- Sí, maestro.

NICOLAI.- Cuando viniste a buscarme, no acepté tu ofrecimiento. Hubiera sido burlarme de tu entusiasmo, de tu fe; pero ahora todo es distinto. Escúchame: han querido hacer una experiencia, saber si la idea religiosa subsiste o no, después de tantos años de persecución en el alma del pueblo. Y han visto que sí y que las nuevas generaciones notan su falta. Si supiesen mirar, verían en las paredes desconchadas la huella de las imágenes y en el aire la de las campanas de las iglesias y reconstruirían las oraciones de nuestros padres con las palabras de todos los días. No ha pasado, al fin y al cabo, tanto tiempo, pero se me ocurre que podría pasar el triple o cuádruple y que sería lo mismo. Mientras haya dolor y misterio, y el hombre tema la enfermedad y la muerte y se pregunte de dónde viene y adónde va y sienta frío y miedo y sufra, buscará un Dios que le consuele y le ampare y le explique lo que no entiende. Ayer vi contestada la más antigua de las preguntas que he hecho a las estrellas, esa que nadie me había contestado nunca: ¿qué mano las ha puesto allí arriba? Tú y yo lo sabemos ya, Sergio: la misma que cortó la respiración de Basilio, la terrible y dulce mano de Dios.

SERGIO.- Es verdad.

NICOLAI.- Ignoro lo que va a ser de mí, pero tu presencia me llena de paz porque, sea lo que sea, estoy seguro de que seguirás mi camino.

SERGIO.- Así lo haré.

NICOLAI.- En ti se ha producido otro milagro, Dios se ha servido de mí para que te convirtieses tú, como se sirvió de Basilio para que me convirtiese yo.

SERGIO.- Sí, maestro.

NICOLAI.- Y acaso quiere servirse de los dos para que Welskoye, la ciudad sin Dios, se convierta también.

SERGIO.- No habrá trabajo que no me imponga ni peligro que me asuste, con tal de lograrlo.

NICOLAI.- Hay que devolver al pueblo la fe perdida, el espíritu que le falta.

SERGIO.- Sí, es verdad. Nuestra tierra está reseca.

NICOLAI.- Y sin embargo, la victoria es segura. Acabo de comprender que al hombre le puede faltar el agua, pero la sed no le faltará nunca.

(Y se abrazan. DAVID aparece por la izquierda.)

DAVID.- ¡Nicolai!

NICOLAI.- ¿Tú aquí, David?

DAVID.- El Comisario viene a detenerle. Sálvese.

NICOLAI.- ¿Cómo?

DAVID.- Huyendo. No sería la primera vez que la vida nos obliga a huir. En ocasiones lo hemos hecho de los posaderos. Estamos entrenados para huir con fortuna del Comisario. Por de pronto, bastará con que se quite sus barbas y sus ropas para que nadie le reconozca.

NICOLAI.- ¿Disfrazarme, dices?

DAVID.- No, nada de eso. Ahora es cuando va disfrazado. ¿O es que esas barbas antes de hacer Días amargos, y ese traje harapiento los llevabas? Sálvese quitándose el disfraz, volviendo a ser quien era, vistiéndose como se vestía antes de esta aventura.

NICOLAI.- Tienes razón, David. No me reconocería nadie, ni yo mismo.

DAVID.- ¿Cómo he de entenderle?

NICOLAI.- No me considero con derecho a salvarme así. Lo que tú llamas mi disfraz, no lo abandonaré por nada del mundo.

DAVID.- ¿Y por qué no? Se trata de salvarse. Y para conseguirlo todo es lícito.

NICOLAI.- No lo haré.

DAVID.- Hay reyes que se han disfrazado de lacayos, ministros que se han vestido de mujeres, capitanes de frailes. A la hora del peligro, esos recursos son legítimos. Y en este caso lo que hay que hacer aun es menos importante. Es quitarse esos trapos y volverse a poner la ropa de siempre.

NICOLAI.- Estos trapos son mi dignidad, mi tatuaje. No me los quitaré nunca.

DAVID.- ¿Quién le ha metido todos esos disparates en la cabeza? (Se dirige amenazador a SERGIO.) ¿Has sido tú?

NICOLAI.- (Se interpone entre los dos.) David: a nadie le debo tanto como a este muchacho.

DAVID.- Nicolai: usted sabe que le quiero, que siempre he sido leal a usted, en los buenos momentos y en los malos. ¿Por qué va a echar por la borda el triunfo, la vida entera?

NICOLAI.- El triunfo...

DAVID.- ¿Por qué va a dejar que le encarcelen... o que le maten?

NICOLAI.- No importa ya, David. Alguien, no sé quién, algún día se acercará a Sergio, le besará la mano y le dirá: «Creo en lo que crees tú»... Y ya no se interrumpirá esa cadena. ¿Verdad, Sergio?

SERGIO.- Sí, maestro.

NICOLAI.- Y espera... (Hace mutis rápidamente por el foro.)

(DAVID ha estado como inhibido, a la escucha de algo, mientras NICOLAI hablaba. Ahora se acerca, con manifiesto sobresalto a la lateral derecha.)

DAVID.- ¿No oye voces... ladridos?

SERGIO.- Sí.

NICOLAI.- (Con el bastón del principio.) Esta era mi vara de comediante. La he redimido. Llévala, Sergio. Será tu guión. (Y se la entrega.)

SERGIO.- Me acompañará mientras viva.

DAVID.- Pasó la hora de las ceremonias. Ahí viene el Comisario.

NICOLAI.- (A SERGIO.) ¡Huye!

SERGIO.- (Vacilante.) ¡Nicolai!

NICOLAI.- En el nombre de Dios, yo te lo mando.

(SERGIO le besa la mano y desaparece por la izquierda. El COMISARIO entra por la derecha y hace una seña a la lateral de su entrada. Por ella aparecen dos agentes uniformados.)

COMISARIO.- ¡Ah, el fiel mastín de guardia...! (Se dirige a sus esbirros.) Un momento, esperen un momento.

DAVID.- ¿Qué va a hacer, Comisario? ¿Meterle en la cárcel, matarle?

COMISARIO.- Esté tranquilo. Ninguna de las dos cosas, aunque cualquiera de las dos las tiene muy merecidas. Voy a encerrarle en un manicomio para el resto de sus días.

DAVID.- No, eso no...

COMISARIO.- ¡Ah, sí, sí, amigo mío! Entre paréntesis, eso es lo que yo creo que es: un auténtico perturbado al que la locura dio, no por creerse de verdad el Profeta Nicolai, que eso sería comprensible, sino las cosas que decía el Profeta Nicolai, lo cual es ya más absurdo.

DAVID.- Encójase de hombros. ¿Qué tiene que temer el Estado de Nicolai? ¿No comprende que es ridículo pensar que pueda ponerle en peligro?

COMISARIO.- Su patrocinado maneja una artillería cuyo alcance se ignora. Sería un disparate dejársela usar a su gusto. A lo mejor, todo queda reducido a una perdigonada; a lo mejor, la explosión es tal que nos hace saltar por los aires. (Arrebata a uno de sus sicarios una camisa de fuerza que lleva preparada y se la enseña a DAVID.) Camisa de fuerza... a perpetuidad. Es un buen uniforme para traidores. (Transición.) Venga, muchachos; cumplid vuestras órdenes.

(Los dos sicarios hacen mutis por el foro. DAVID intenta irse tras ellos. El COMISARIO se lo impide con un gesto.)

Calma, amigo mío, calma...

NICOLAI.- (Dentro.) ¡No, eso no; eso, no!

(Nuevo movimiento de DAVID. De los dos agentes que están en escena, uno blande una pistola; otro desabotona de modo ostensible la funda que lleva al cinto.)

COMISARIO.- Frente al Estado moderno, los gestos románticos son ineficaces. No se los aconsejo, David.

(Dentro se oye ruido de lucha.)

NICOLAI.- (Dentro.) ¡Eso, no! ¡Eso, no!

(Súbitamente, zafado de sus perseguidores, NICOLAI entra por el foro y desciende las escaleras. Trae sus ropas desgarradas y un rastro de sangre sobre el pecho casi desnudo. Los sicarios entran detrás de él. Acechan el momento oportuno para maniatarle.)

¡Eso no, Comisario! ¡Yo no estoy loco!

COMISARIO.- ¡Qué más da! Es un gran histrión y lo fingirá muy bien.

NICOLAI.- ¡¡Yo no estoy loco, Dios existe!! ¿Es que no lo queréis ver? ¡Sois ciegos entonces, David, sois ciegos!

COMISARIO.- (Imperativo, a los sicarios.) ¡Venga, en el acto!

(Se disponen a caer sobre él. NICOLAI atina a mantenerse unos segundos separado de ellos.)

NICOLAI.- No, eso no... No me importa la cárcel, ni que me matéis... pero eso, no; eso, no...

(DAVID, súbitamente, arrebató la pistola de uno de los agentes y dispara dos veces sobre NICOLAI.)

COMISARIO.- ¿Qué ha hecho usted?

DAVID.- (Con vehemencia.) Ponerle en libertad, primero... (Más lentamente, para sí.) Y además, salvar su nombre... Y quién sabe si crear su culto.

(NICOLAI cae mortalmente herido. El agente arrebató el arma a DAVID, que mira aterrado a NICOLAI. Su compañero y él le prenden cada uno de un brazo.)

NICOLAI.- Ven... muerte... y acógeme para siempre... en tu túnica... (Sonríe, como si una mano amiga le saliera al encuentro.)
¿Eres tú... Dios...? (Y se desploma muerto.)

(Hay una leve pausa. La emoción ha ganado a todos.)

COMISARIO.- (En tono tajante.) Muchachos: llevaos este cadáver, atadle unas piedras y arrojadlo al lago. No quiero leyendas ni peregrinaciones. Nadie debe saber dónde está, y si algún día lo supiese alguien, vosotros seríais los responsables. En cuanto a usted, David, lo que ha hecho va a acabar costándole muy caro.

(Los loqueros se acercan a recoger el cadáver de NICOLAI. El COMISARIO lo examina con la precisión de un técnico.)

Es curioso... Le he visto morir con más propiedad otras veces...

OSCURO

Epílogo

En escena el VIEJO y SERGIO. El VIEJO está arrodillado en el mismo lugar en que cayó NICOLAI y reza. Hay unas piedras entre las cuales intenta sujetar SERGIO la cruz que le confió NICOLAI. Después, de pie, permanece en silencio, unos instantes. Por la izquierda, apoyada trabajosamente en las muletas, entra AGLAIA. Avanza hasta ellos y se arrodilla. Lo hace con arreglo a su técnica de impedida, dejando caer primero al suelo una de las muletas y deslizándose, poco a poco, sobre la otra. El VIEJO intenta ayudarla, pero AGLAIA hace innecesaria su ayuda.

VIEJO.- Así va mejor.

AGLAIA.- (Tenuemente.) ¿Fue aquí?

VIEJO.- Sí, aquí fue.

AGLAIA.- ¿Cómo lo han sabido?

SERGIO.- Esta es su sangre. (Y hace mutis por la derecha.)

(Se ve rezar a AGLAIA fervorosamente. El VIEJO se santigua, se levanta y va tras SERGIO. Queda sola en escena AGLAIA. Ya ha dado por concluida su oración y se dispone a marcharse. Hace ademán de recoger su muleta para incorporarse. Pero de pronto, nota que no las necesita, que puede hacerlo por sí misma. Con los ojos asombrados, sin querer dar crédito a lo que ve, se levanta poco a poco. Se la ve sollozar entrecortadamente, mientras a pasos desiguales hace mutis por la izquierda y lentamente cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

